



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ROBERT ALLYSON

de

**¿QUIEN VA
A MATARME?**

Aquél estaba resultando realmente un día negro para mí. No es que me considere por lo normal un tipo afortunado, pero desde la mañana había calculado muy bien lo que debía hacer para que todo marchara sobre ruedas. Y, ciertamente, daba la impresión de que el excesivo cálculo había dado al traste con mis proyectos.



Robert Allyson

¿Quién va a matarme?

Bolsilibros: Servicio Secreto - 434

ePub r1.0

jala y Titivillus 15.12.17

Título original: *¿Quién va a matarme?*
Robert Allyson, 1958

Editores digitales: jala y Titivillus
ePub base r1.2





Robert Allyson

**¿Quién va a
matarme?**

1ª.EDICION

DICBRE. - 1958

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

**¿QUIEN
va a
MATARME?**

**por
ROBERT ALLYSON**



CAPÍTULO PRIMERO

Aquél estaba resultando realmente un día negro para mí. No es que me considere por lo normal un tipo afortunado, pero desde la mañana había calculado muy bien lo que debía hacer para que todo marchara sobre ruedas. Y, ciertamente, daba la impresión de que el excesivo cálculo había dado al traste con mis proyectos.

Mi automóvil pinchó al salir de Los Ángeles, por lo que llegué con retraso a mi cita con Sam Perkins en San Diego, un pequeño pueblecito cercano a la frontera con México. El retraso fue causa de que no pescara al tipo, que había cruzado ya la divisoria cuando yo llegué al lugar de la cita, con lo que me gané la reprimenda consiguiente del viejo Carson, quien pudo al fin desahogar toda su bilis en alguien. Tuve que llenar mi columna en el «Mirror» de cualquier manera, puesto que nada bueno o simplemente aprovechable descubrí en los boletines de la policía. No es mi fuerte inventar noticias cuando no las hay, de forma que aquel trabajo me llevó mucho más tiempo del que pensé en principio, y apenas dispuse de cinco minutos para tomar de cualquier modo un bocadillo y una cerveza en lugar del apetitoso almuerzo que mi estómago pedía a voces después del paseíto de la mañana hasta San Diego.

Pero ahí no terminaron mis desgracias: una muchachita alocada derramó parte de su helado sobre uno de mis mejores trajes, al salir de la tienda donde acababa de adquirirlo, lo que me obligó a convertirme en una especie de meteorito para cambiarme de traje en mi piso de High Street y regresar al lugar donde aguardaba a Dolly, una rubita sensacional que conocí dos semanas antes y que tenía en su haber más de un pensamiento mío dedicado íntegramente a la posible felicidad del matrimonio junto a ella.

Claro que en aquel instante no pensaba en la posibilidad de mudar de estado, porque llevaba ya algo más de media hora esperándola, y no hay nada que me ponga más nervioso que aguardar a una muchacha, aunque sea rubia y preciosa como Dolly.

Decidido a armarme de paciencia, quizá por el deseo de saber cuánto tiempo me iba a tener esperándola, encendí un cuarto cigarrillo midiendo nuevamente la amplitud de la calzada en un paseo continuo que parecía desagradar a los viandantes con los que tropezaba continuamente, sin que en ello interviniera para nada mi voluntad. ¿Tenía yo acaso la culpa de que los peatones se cruzaran en mi camino? Empezaba a creer que eran ellos los culpables de mis continuos tropezones, cuando distinguí a la muchacha.

Bueno, no soy demasiado impresionable; pero sé reconocer la belleza cuando la hay. Y ella la tenía a raudales, era casi un insulto viviente para las mujeres feas, que uno descubre a veces en la vida. Tenía una figura esbelta y distinguida, un rostro de facciones perfectas, a pesar del miedo que en aquel instante parecía dominarla, y el pelo suelto en melena y de un maravilloso matiz negro, como el de cuervo, con reflejos brillantes.

Palabra que sentí la garganta seca al verla; fue como si de pronto me pusieran al alcance de la mano una botella de *whisky* escocés legítimo y me dijeran: «Todo para ti, Bob». La chica no era toda para mí por lo menos de momento, pero con sorpresa en medio de mi admiración advertí que se dirigía rectamente a mí, pudiendo así darme cuenta de que poseía los dos ojazos verdes más preciosos que había tenido ocasión de admirar en toda mi vida consciente, incluyendo los de la enfermera que me llevó a la cuna por vez primera. La preciosidad, digo, la muchacha, me miró con algo de desesperación, como si fuera a decirme algo, y yo empecé a quitarme el sombrero con gesto versallesco pensando si me había acordado de limpiarme los dientes antes de abandonar mi pisito. Tranquilizado al respecto, ensayé una sonrisa adecuada como para el anuncio de las excelencias de un dentífrico, al tiempo que ella murmuraba:

—Señor, ¿quiere usted ayudarme?

Yo noté un extraño cosquilleo en mi pabellón auditivo, producto tal vez de su voz acariciadora y cálida. Sin darme cuenta de lo que decía, murmuré a media voz:

—¿De qué estudio de cine se ha escapado usted, muñeca?

La muchacha no pareció entenderme o prefirió pasarlo por alto, el caso es que de sopetón exclamó:

—Me persiguen, quieren matarme. ¡Ayúdeme, por favor!

Durante un segundo largo la miré, viéndola bajo un nuevo aspecto; luego dirigí mi atención a los peatones que pasaban rápidamente junto a nosotros. «Es una pena», me dije encasquetándome nuevamente el flexible. Y en voz alta:

—¿No cree que la echarán de menos en el manicomio de donde debe haberse escapado?

La bella demente, eso es lo que yo pensaba de ella, no hizo caso alguno de mi observación, y cogiéndome del brazo con cierta energía me hizo entrar en un taxi aparcado a pocos pasos de nosotros.

—Dese prisa —ordenó al conductor—. A Sunset Boulevard.

El uniformado chofer se volvió sobre su asiento con una protesta a flor de labios.

—Oiga, señorita, eso está en... —Se detuvo al contemplar el rostro de la pasajera—. De acuerdo, preciosa: la llevaré volando.

Yo lancé una maldición relacionada con la estupidez de ciertas personas capaces de embobarse contemplando un rostro femenino más o menos agradable, sin recordar que yo mismo había caído en tal estupidez momentos antes. Y entonces precisamente, cuando el automóvil se ponía en marcha, vi a Dolly. Lo peor de todo es que ella me había visto también y había visto a mi acompañante, lo advertí en la expresión especialísima de su rostro y en el movimiento frenético con que balanceaba el bolso.

Instintivamente me eché hacia atrás en el mullido asiento del taxi ideando la excusa que le daría cuando volviéramos a vernos, si esto se producía, ya que nada podía asegurarse después de lo acontecido con la rarísima compañera que a mi lado observaba con creciente temor los coches que circulaban a la par que el nuestro.

—Bueno; imagino que ha llegado el momento de que hablemos, encanto —murmuré yo, decidido a aclarar mi postura cuanto antes.

—Después, por favor —suplicó ella—. En mi casa estaremos más a gusto.

—No lo dudo —repuse yo, encogiéndome de hombros.

Estaba dispuesto ya a todo. Aquél era mi día de desgracias,

estaba claro. Dolly se había retrasado, dando así oportunidad a que me tropezara con aquella monomaniaca que seguramente pensaba que los hombres la admiraban por su... Bueno, al parecer la seguían para matarla o algo por el estilo. ¡Pobre muchacha! Tan joven, tan bonita, tan llena de vida y con la mente hecha puré.

El taxi se detuvo con seco frenazo ante una señorial mansión, eso es lo que yo deduje de su aspecto externo, rodeada de un alegre jardín. Mi acompañante bajó en el acto, dirigiéndose a una verja de aplicaciones doradas mientras extraía del bolso una llave, por lo que supuse que me dejaba la tarea de pagar el taxi, cosa que no entraba en mis cálculos, puesto que en modo alguno había yo expresado mi deseo de visitar su casa.

—Jovencita —llamé, apeándome a mi vez—, ¿va a hacer que nos espere el taxi?

Ella se volvió hacia mí, con la llave puesta ya en el ojo de la cerradura.

—Pague al chofer —indicó como la cosa más natural del mundo.

De dos zancadas me puse a su lado, sujetándola por la muñeca cuando pretendía retirar la llave después de abrir la puerta de la verja.

—Oiga, muñeca. No sé por qué estoy aquí, ignoro por qué la he acompañado en esta especie de escapatoria de un peligro que desconozco, pero como comprenderá no estoy dispuesto a pagar sus caprichos...

Ella sonrió de forma que me dejó paralizado, mostrándome dos hileras de dientes blanquísimos. Luego, sin hacer comentario alguno, se dirigió al taxi, pagando al chofer inmediatamente. Distinguí una mirada de envidia del taxista, que tal vez deseara hallarse en mi pellejo en aquellos momentos, ya que por supuesto envidiaba mi suerte de conocer a una mujer como aquélla; pero él no podía comprender ni mucho menos las dudas que yo sentía sobre la exactitud de los reflejos cerebrales de la muchacha. Luego entramos en la casa.

La bella desconocida me llevó directamente a una salita del piso bajo, señalándome con gracioso ademán un bar bien repleto que parecía estar aguardándonos. Aquello me gustó, palabra. Lo cierto era que estaba sediento, de forma que me lancé en picado sobre una botella de *whisky*, que por su aspecto era del caro, sirviéndome una

generosa ración en un alto vaso.

—¿Le preparo algo? —inquirí por simple cortesía.

Ella movió negativamente la cabeza, acomodándose en un sillón y señalándome otro de idénticas características situado frente al suyo.

—¿Piensa que estoy loca, señor Travis?

Abrí una boca como la entrada de una cueva, movido por el doble asombro que me producía el hecho de que adivinara mis pensamientos y supiera mi nombre.

—Le conocí en una recepción dada a la Prensa con motivo de la *soirée* de una de mis películas —explicó ella, volviendo a adivinar mis pensamientos.

Yo traté de recordar la fiesta, la película y su rostro, pero fracasé en mi empeño, a pesar de que me precio de poseer buena memoria.

—No conozco a demasiadas estrellas —murmuré—. Mi profesión es reportero sensacionalista, pero no hay duda de que usted me conoce.

—No soy estrella de la pantalla —sonrió ella—. Trabajo para todos los estudios como guionista. Mi nombre es Alice Sanders.

—Confieso que no tengo la costumbre de leer los letreritos que aparecen al principio de las cintas.

—De donde deduzco que soy para usted una perfecta desconocida —convino ella, estirando con suave felinidad sus piernas y dándome ocasión de que les echara un prolongado vistazo.

—Empiezo a arrepentirme —murmuré yo sin dejar de observar las medias de nylon y su contenido.

Ella pareció darse cuenta de mi observación, porque con gesto recatado cruzó las piernas cuidando el borde de la falda para no permitirme que viera ni sus rodillas. Suspiré con algo de pesar y le ofrecí mi paquete de cigarrillos, que ella rehusó con una sonrisa, autorizándome sin embargo a que encendiera uno.

—¿Por qué no me explica detenidamente todo ese lío de que la perseguían y querían matarla?

—No se trata de una invención mía —refutó ella sin alterar el tono de su voz, pero demostrando conocer mis sospechas.

—Usted me detuvo en mitad de la calle —expuse yo, tratando al mismo tiempo de ordenar mis ideas—. Me aseguró que la

perseguían, incluso indicó que pretendían matarla; pero yo no vi que nadie de los que en aquel instante pasaban por la calle tuviera tales intenciones. Luego me obligó casi a la fuerza a seguirla hasta un taxi, trayéndome a este lugar, que imagino es su casa...

—Su exposición de hechos no me deja realmente en buen lugar —sonrió ella.

—¿Insinúa que estoy mintiendo? —pregunté yo presto a sublevarme, a pesar del delicioso sabor del *whisky* que me había ofrecido.

—Ni mucho menos, señor Travis —repuso la muchacha—. Claro que la realidad de lo ocurrido es bien distinta de como usted acaba de explicar. Le aseguro que me sé perseguida, casi acosada, y en constante peligro de muerte.

Apuré de un trago el contenido de mi vaso, dirigiendo una mirada anhelante a la botella, que había quedado sobre la barra del bar. Alice interpretó a la perfección mi angustiada llamada, y poniéndose en pie se apresuró a servirme una dosis mucho más generosa que la que yo mismo me había servido antes.

—Buen *whisky* —murmuré, contemplando el vaso a trasluz.

—¿Sigue sin creermelo?

—No puedo juzgar aún. Yo soy periodista, no policía... ¿Por qué no me lo explica todo con detalle, desde el principio?

Sentí fijas en mí sus maravillosas pupilas verdes y empecé a pensar en lo que sentiría de verlas mucho más cerca, pero casi al instante alejé tales pensamientos para concentrarme en lo que me estaba diciendo.

—Hace algo más de un mes vino a verme un individuo de extraño aspecto que me ofreció la idea para un guión. Son muchas las personas que siguen tales métodos y muy pocas las ideas que se puedan calificar de tales, pero tengo la costumbre de escucharlas todas porque en algunas ocasiones surge lo genial de donde menos se espera. El individuo que vino a verme en aquella ocasión parecía disponer de algo realmente bueno, y como yo no tenía nada que hacer aquella tarde, me dispuse a escucharle. Conversamos en este mismo lugar...

Yo dirigí mi mirada a la estancia, considerando que era un lugar magnífico para charlar y también para otras cosas, pero preferí no decir nada por si Alice se enfadaba y me echaba. Al fin y al cabo

había perdido ya la tarde, y Dolly no debía esperarme seguramente en la esquina donde habíamos quedado...

—El guión que aquel hombre me ofreció —siguió explicando Alice sin adivinar mis pensamientos— tenía algo de policíaco. Yo no había tocado nunca tal género por considerarlo demasiado convencional, pero desde el principio me sentí atraída por su narración, hasta el extremo de dudar sobre su inventiva. Algo me advirtió de que aquello no podía haberse inventado, que era algo real, algo que le había sucedido o que le estaba sucediendo. Me dejó un manuscrito donde ampliamente se relataba todo lo que él me había contado para que yo confeccionara el guión, advirtiéndome que el final debería escribirlo yo por completo, puesto que él no había sabido hallarlo.

Sentía en aquel instante la dulce placidez que me invade siempre que tomo más *whisky* del debido, sin embargo volví a repetir el gesto anhelante dirigido a la botella que reposaba sobre el bar, aunque en aquella ocasión Alice no se dio por entendida. Se había puesto en pie y se dirigía hacia la puerta de la habitación.

—Voy a traerle el guión, señor Travis. Juzgo oportuno que usted lo lea por completo para estar más enterado del asunto.

No me interesaba en absoluto leerlo, pero no me opuse a sus deseos. En cuanto me supe solo, me acerqué a la botella sirviéndome con rapidez para evitar el ser sorprendido en tal acción. Cuando la muchacha volvió a aparecer, yo estaba sentado plácidamente en mi sillón, embebido en la contemplación de un punto vago de la estancia.

—Aquí tiene el manuscrito —me anunció alargándome una cantidad exorbitante de papel mecanografiado.

—¿No querrá que me ponga a leer todo eso ahora? —me alarmé yo.

—No se trata de que lo haga ahora —rectificó ella con cierta impaciencia derivada de mi evidente idiotez—. Quiero que se lo lleve y que lo lea con atención en su casa. Quizá así comprenda por qué quieren matarme...

«Ya volvemos a las andadas», pensé yo, suspirando bastante fuerte.

—Oiga, Alice; suponiendo que ese relato fuera real, ¿cómo iban a saber los comprometidos en él que usted estaba enterada de todo?

—Eso es algo que ignoro.

—No me ha dicho el nombre del individuo que le regaló esa idea —apunté yo, después de libar en mi vaso—. ¿O pretendía quizá tener parte en los beneficios de la película?

—No, eso es lo que más me extrañó. No quería nada, ni siquiera que apareciera su nombre en la ficha técnica. Al marcharse me dijo que cuando la película se proyectara, o tal vez antes, esa exposición de hechos que se narraba en el guión sería de gran utilidad para muchas personas. Respecto a su nombre, creo que era Lambretti o algo parecido.

—¡Vaya una indicación! —murmuré, poniéndome en pie—. ¿Puedo saber qué espera realmente de mí?

—Usted es periodista. Si la lectura del guión le recuerda alguna cosa, podrá anticipar el efecto de la película antes de que ésta se realice. Por otra parte, no hay duda de que usted lograría una gran popularidad si todo saliera bien.

—No entiendo ni una palabra —refunfuñé yo, después de apurar el contenido del vaso y notando que me temblaban ligeramente las piernas—. Debía usted poner este asunto y todas sus sospechas en manos de la policía. Para eso cobran de los contribuyentes...

—Pero si un periodista, ávido de noticias como usted, no parece hacerme caso, ¿cómo iba a interesarse en el asunto la policía?

Yo tomé una de sus manos entre las mías, sonriendo de forma bonachona, o por lo menos eso pretendí hacer.

—Muy bien, preciosa, muy bien deducido. Ahora, adiós.

—¿Es que piensa marcharse sin más?

Me detuve en mi camino hacia la puerta.

—Lo olvidaba: muchas gracias por el *whisky* y por la conversación.

En sus pupilas leí una mezcla de congoja y de desesperación que me enterneció profundamente... Bueno, nada iba a perder leyendo aquella novela policíaca.

—De acuerdo —asentí, intentando hacerla sonreír—. Me llevaré ese mamotreto y lo leeré.

—Se lo agradezco, señor Travis.

—No lo haga antes de tiempo. Y llámeme Bob; de esta forma me sentiré más en situación.

Los vapores del alcohol nublaban mi cerebro, por lo que no

resultó extraño que desandara mi camino hasta quedar junto a ella. Tampoco resultó extraño que recogiera el legajo de papeles de sus manos. Lo único extraño quizá, aunque no para mí, fue que la besé como por casualidad. Y a ella no pareció disgustarle, por lo que empecé a sentirme un tipo grande. Pero cuando intenté repetir la suerte, ella se apartó con femenina suavidad sin dejar de sonreír.

—Vuelva a su casa, Bob. Recuerde que me ha prometido leer ese guión.

Me encasqueté el sombrero y abandoné la habitación oyendo sus pasos tras los míos. Me volví a mirarla cuando estaba ya en la puerta de la casa.

—¿No tiene miedo de vivir en este lugar a pesar de esas amenazas? —pregunté por decir algo, puesto que en modo alguno creía todo aquel intríngulis.

—En mi casa estoy segura —me tranquilizó al momento—. Sé cómo defenderme.

Yo me encogí de hombros, mientras pensaba en el medio de regresar a Los Ángeles y recoger mi automóvil que había quedado aparcado cerca del lugar donde esperaba a Dolly.

—Nos volveremos a ver —dijo ella, antes de salir yo a la calle.

—Desde luego, Alice —repuse poniendo especial intención en la respuesta—. Tal vez la llame por teléfono mañana. Supongo que el número viene a su nombre.

Cerca de media hora tardé en encontrar un taxi libre, pero después el viaje de regreso fue rápido y cómodo. Mi coche continuaba en el lugar donde lo había dejado aparcado, aunque no de la misma forma, puesto que al instante descubrí una notita en papel impreso del que usa la policía para multas y sujeto a uno de los limpiaparabrisas, señal de que el automóvil llevaba en aquel lugar más tiempo que el establecido. Maldiciendo ciertas situaciones inoportunas, puse en marcha el vehículo en dirección a mi pisito, mientras pensaba en la excusa que necesariamente debería dar a Dolly. Como por reflejo, vino a mi memoria el sabor de los labios de Alice. La muchacha estaba indudablemente muy bien en todos los aspectos, pero no por eso podía olvidar a Dolly a la que seguía asociando estrechamente con la idea del matrimonio. Claro que aún no estaba casado, ni siquiera me había decidido totalmente a ello...

El sombrero voló por los aires fallando en mi intento de colocarlo encima de la mesa del pequeño vestíbulo, cosa que me ocurría siempre que regresaba algo cargado. Luego fui yo mismo quien volé una fracción de segundo para aterrizar en mi diván preferido, donde me tumbé cuan largo era buscando el paquete de cigarrillos que recordaba haber guardado en algún lugar de mi chaqueta.

No tenía ninguna gana de ponerme a leer aquel dichoso guión, aunque se lo hubiera prometido a Alice; pero al intentar apartarlo para sumirme únicamente en las reflexiones que me producían en tales casos las volutas de humo azulado, acerté a leer el nombre de uno de los personajes: Albert Larue. Instintivamente me senté sobre el diván, examinando la página donde por azar había descubierto tal nombre. Casi inmediatamente juzgué oportuno leer en su totalidad y cuanto antes las páginas mecanografiadas. Y cuando tres horas después llegué al final del relato, una idea alarmante cruzaba mi cerebro, estrechamente unida al nombre del individuo que visitó a Alice: Lambretti. ¿Dónde había oído con anterioridad ese nombre y qué relación podía tener tal personaje con el asunto que acababa de leer?

Alice tenía razón: aquel asunto podía suponer el triunfo total de mi carrera periodística si sabía encauzarlo bien.

Me serví una dosis de *whisky* del que guardaba para las ocasiones extraordinarias, advirtiéndome que era bastante inferior al que me había ofrecido Alice, y brindé ante el espejo murmurando:

—A tu salud, Bob. Que la suerte te acompañe.

CAPÍTULO II

Me despertó el timbre del teléfono. Rugí encolerizado cuando a duras penas conseguí distinguir la hora que señalaba mi reloj de pulsera, luchando para hacerlo con el sueño que enturbiaba mi visión. No hay derecho a que despierten a las cinco y media de la madrugada a un honrado ciudadano que paga sus impuestos. Luego pensé que quizá fuera Dolly, a la que, embebido en la lectura del guión, no había dado la noche anterior ninguna explicación. De forma que, más tranquilizado, descolgué el auricular, preguntando en tono de gran mansedumbre:

—¿Quién habla?

—¿Es usted Bob Travis?

Mi malhumor volvió a salir a flote al observar que el inoportuno tenía voz masculina.

—Sí, mil diablos. ¿Quién es usted para llamar a estas horas?

—Alguien que puede ser amigo o enemigo suyo, según su propia actitud.

Me detuve con la boca abierta antes de decir nada. ¿Qué nuevo galimatías era aquél?

—¿Me oye usted, Travis?

—Claro que le oigo —repuse en tono brusco.

—Entonces siga mi consejo: olvide ese guión y cuanto en él se dice. Será mejor para usted.

—No acostumbro a aceptar consejos de personas desconocidas. ¿Quién es usted?

—Ya se lo dije. ¿Piensa seguir mi desinteresado consejo?

—Lo pensaré mientras siga durmiendo —repuse colgando el auricular, realmente fastidiado.

La llamada había conseguido desvelarme. Y pensé que si alguien

me había sacado de la cama a aquellas horas por culpa del dichoso guión, podía yo muy bien hacer lo mismo con Alice, que al fin y al cabo era quien me había metido en el lío. De modo que busqué en el listín hasta dar con su nombre. Esperé pacientemente a que descolgaran el auricular, mientras encendía con una sola mano un cigarrillo algo arrugado, pero nadie demostró escuchar el timbre del teléfono que sonaba en la bonita villa. Volví a consultar el listín y marqué nuevamente el número por si me había equivocado la primera vez, pero tampoco en esta ocasión me acompañó la suerte.

«Debe tener el sueño muy pesado», me dije, coleando el auricular y apagando el cigarrillo en un cenicero, dispuesto a seguir durmiendo otra horita costara lo que costara. «¿Cómo se habrán enterado de que el guión estaba en mi poder?». La pregunta quedó flotando en mi mente durante un buen rato, justo el que empleé en saltar definitivamente de la cama y empezar a vestirme a toda velocidad. Quince minutos después ponía en marcha mi coche en dirección hacia Sunset Boulevard, en Hollywood, sin saber yo mismo el porqué de mi actitud, guiado simplemente por un fúnebre presentimiento.

El presentimiento creció en intensidad cuando a poco de salir de Los Ángeles escuché tras de mí la sirena de un auto policial, lo que me sirvió de acicate para aumentar la velocidad de mi «Ford», sin poder impedir no obstante que el coche oficial me sobrepasara a los pocos momentos.

Cuando llegué a la puerta de la verja del jardín donde había estado la tarde anterior, se hallaban parados en aquel lugar dos coches de la policía, al cuidado de un «cop» de uniforme que me saludó con cierto aire de aburrimiento en cuanto le presenté mi credencial de «plumífero».

—¿Has montado un sistema especial de información, Bob? —me saludó el teniente Garret de la Metropolitana al verme entrar.

—Es posible —murmuré vagamente, intentando adivinar lo que había motivado la presencia de la policía.

—Estarás deseando echar un vistazo a eso, ¿no?

Asentí con un movimiento de cabeza, al tiempo que seguía a Garret hacia el piso superior de la casa, donde debían hallarse los dormitorios. Un agente se llevó la mano a la gorra de reglamento al distinguir a su superior, y el teniente, seguido por mí, entró en la

habitación.

—Ahí la tienes —indicó, señalándome la cama, cuyas ropas se hallaban revueltas y desordenadas.

La habitación era bastante atractiva y debía resultar agradable cerrar los ojos en un sitio como aquél, pero no para dormir para siempre como le había ocurrido a la muchacha que reposaba en aquel lecho con la cabeza trágicamente caída hacia un lado, casi colgando sobre el suelo. Los policías trabajaron a su alrededor buscando huellas, y aunque las líneas del cuerpo inerte me recordaban perfectamente las de cierta muchacha a la que conocí aquella tarde, me creí en la obligación de preguntar:

—¿Quién era?

—Una tal Alice Sanders. Trabajaba en el cine como guionista.

Uno de los buscadores de huellas apartó su cabezota y pude distinguir el rostro de Alice, o mejor dicho lo que de él quedaba, puesto que el asesino parecía haberse ensañado en la carita de aquella deliciosa criatura.

—Pobre muchacha...

—No te impresiones, Bob —cortó el teniente con la frialdad propia de los que están acostumbrados a escenas semejantes—. ¿Quieres seguir aquí o prefieres que salgamos un ratito?

En silencio abandonamos la habitación regresando al piso bajo.

—¿Has descubierto algo interesante?

—Si así hubiera sido lo callaría. De todas formas puedo decirte con sinceridad que no hay indicio alguno por ahora. Vivía sola aquí, y sola ha aparecido.

—¿Cómo descubriste el cadáver?

—La vecina de la casa de al lado se extrañó de que la muchacha tuviera la luz encendida a estas horas, de forma que la llamó por teléfono, sabiendo que vivía sola. Al advertir que no contestaba, se alarmó por si le hubiera ocurrido algo, de forma que llamó a la policía explicándoles el caso. Enviamos a una pareja de servicio, y ellos fueron quienes nos avisaron a nosotros de lo que ocurría.

—¿No te parece algo raro todo eso? —pregunté, ofreciéndole un cigarrillo—. ¿Es que esa vecina se dedica a llamar a cuantos dejan sus luces encendidas?

—Ya me lié preocupado de comprobar ese extremo por medio de la centralita a que corresponde este distrito. Así sabremos quiénes

llamaron a la muchacha en el transcurso de las últimas doce horas.

Me encogí involuntariamente al escuchar aquello. Garret sabría de esta forma que también yo había llamado aquella noche a la casa de la víctima; pero en modo alguno entraba en mis planes explicarle cuanto sabía sobre el guión, que por momentos me estaba resultando más y más interesante.

—Ahora estoy esperando que me expliques lo que haces tú aquí, Bob.

Dirigí una sonrisita misteriosa al teniente, fraguando mentalmente la oportuna mentira.

—Estaba desvelado y salí a dar una vuelta. Oí las sirenas de tu coche, y juzgando que tal vez se escondiera en ese movimiento alguna noticia, me limité a seguirsos.

Garret me miró de una forma muy especial, pero no dijo nada y se limitó a encogerse de hombros.

—Gracias por la información —consulté mi reloj de pulsera—. Me voy a dar una carrerita hasta la redacción para intentar llegar a tiempo a la segunda edición.

—Ojo con la fantasía —se limitó a recomendarme.

Sin embargo, no me dirigí al periódico, sino a mi casa. Aquel guión que había ocasionado la muerte de Alice, así por lo menos relacionaba yo el asesinato, cobraba por momentos más y más importancia. Precisaba con urgencia tenerlo en sitio seguro, y si toda aquella gente sabía que estaba en mi poder, no era mi pisito un lugar adecuado para guardarlo. Desdeñando el ascensor para evitar ruidos que alguien podría recordar después por lo intempestivo de la hora, ascendí como un meteoro hasta el rellano donde estaba mi piso, buscando febrilmente las llaves para entrar. Maquinalmente metí la llave en la cerradura, pero al instante toda mi atención se centró en aquel lugar al notar que la llave parecía tropezar con algo desacostumbrada. Examiné el llavín, observando que no me había equivocado, y luego el agujero de la cerradura. En ésta se distinguían con bastante claridad unas marcas delatorias, como si alguien hubiera forzado la entrada durante mi ausencia. Un sudor frío perló mi frente al imaginarme lo que podía aguardarme allí dentro. Estaba amaneciendo ya, y por consiguiente la habitación de entrada no estaría totalmente a oscuras; pero demasiado sabía yo que las sombras que en tales casos se producían podían

proporcionar a cualquier intruso un inigualable escondite desde el que acechar mi entrada. Indudablemente no podía quedarme allí hasta que se me pasara tal temor, de modo que haciendo un esfuerzo sobre mí mismo introduje con cuidado la llave forzándola un poco para que girara en el interior de la cerradura y dejando que la puerta se abriera lentamente por sí misma, mientras interiormente me lamentaba de no haber recogido la pistola que guardaba corrientemente en un cajón de la mesa de mi habitación.

Aguardé durante un par de minutos intentando adivinar lo que me esperaba allí dentro, un lugar que conocía muy bien y que de pronto me resultaba plagado de posibles peligros; luego entré de un salto buscando cobijo en un sillón que debía hallarse junto a la pared frontera del *hall*. Desde luego, el sillón no estaba allí. Lo advertí en cuanto tropecé con sus patas en mi salto, yendo a parar estrepitosamente al suelo, pero sofocando el gemido involuntario que subía ya a mis labios al golpearme con una de las patas en la boca del estómago.

Y si el sillón no estaba en su sitio, nada parecía estarlo tampoco. No es que me considere un tipo ordenado, de esos que tienen un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio, pero tampoco era capaz de dejar un piso tal como los desconocidos visitantes habían dejado el mío. Palabra que daba pena ver todo aquel desorden en el que se entremezclaban muebles, ropas, papeles y objetos diversos.

Durante un buen rato estuve contemplando todo aquello con expresión estúpida. Luego recordé el guión, y con algunos rodeos dedicados a sortear los obstáculos que se interponían en mi camino, me dirigí al dormitorio para enfrentarme con un desorden aun mayor y con la natural desaparición del célebre guión. En su lugar había quedado una nota escrita en mi papel y con mi propia máquina, que textualmente decía: «No olvide que queremos ser sus amigos por ahora». Nada más, sin firma ni nada.

Indudablemente aquella gente, quienquiera que fuese, sabía a la perfección todos mis movimientos, puesto que esperaron a que yo saliera del piso para forzar la entrada. Claro que cabía otra suposición: la de que ellos estaban dispuestos a apoderarse del guión aun cuando estuviera yo allí para hacerles frente. Y la idea de terminar mis días como la pobre Alice no acabó de gustarme.

Empleé cerca de dos horas en poner un poco de orden en mi

apartamento, mientras mentalmente buscaba una explicación a todo aquel vandalismo. No cabía duda de que el guión estaba basado en un hecho cierto, pero ¿cuál era este hecho? ¿Quiénes eran sus protagonistas reales? Aquel Larue que había llamado la atención obligándome a leer el guión completo, no era en modo alguno el tipo que yo suponía, puesto que el único Larue a quien yo conocía estaba encerrado en San Quintín y difícilmente le iba a resultar posible estar mezclado en un asunto tan peliagudo como el relacionado con la trata de blancas, tal como indicaba el dichoso guión. Con sumo placer me maldije por haber dejado allí aquel texto que ahora adquiriría un valor inapreciable. ¿Cómo hablar a la policía de todo aquello sin presentar la prueba concreta de que no era todo un producto de mi fantasía de periodista?

Pensaba aún en todo aquello cuando llegué a la redacción con un retraso de más de media hora. Fingí no percatarme del gruñido con que me obsequió el jefe, y me acomodé ante mi mesa saboreando tranquilamente un cigarrillo.

—¿Has recibido alguna herencia, Bob? —Oí que a mi espalda me preguntaba el jefe.

—Ni pensar en eso. ¿Por qué?

—Pensé que hacías oposición al despido. Como no te he visto trabajar desde que has entrado, a pesar —de tener ante ti algunos comunicados de la policía...

Dirigí una mirada desdeñosa a los citados, comunicados, leyendo simplemente el titular donde se notificaba el asesinato de Alice Sanders.

—Eso es noticia vieja, jefe —murmuré exhalando una bocanada de humo—. Estaba enterado de ese asunto hace cerca de un par de horas. Con decirle que llegué a la vez que la policía.

El jefe pareció convertirse de pronto en un explosivo presto a estallar.

—¿Cómo no has comunicado esa noticia antes? ¿Ignoras que a esa hora estábamos dando los últimos detalles a la segunda edición?

—Desde luego que no, sólo que no me pareció interesante. Esa clase de asesinatos sin pistas y sin nada suceden a diario.

El jefe estalló al fin. Con movimiento brusco se apoderó de una de las hojas, aplastándola materialmente contra mis pobres narices.

—Todos los días, ¿eh? ¿Y esto que es? ¿Has olvidado ya cómo se

lee?

Sin amilanarme demasiado por su actitud, recogí el papel echándole un vistazo y leyendo en voz alta.

«Con relación al asesinato de Alice Sanders. El forense informa que la muerte se produjo por lo menos doce horas antes de descubrirse el cadáver. Por otra parte, las manchas de sangre del rostro de la víctima no corresponden a su grupo sanguíneo, lo que demuestra que le fueron hechas ex profeso y con posterioridad a la hora de la muerte real. Informaremos en nuevos boletines».

—¿Qué me dices ahora, aprendiz de reportero?

Volví a leer el comunicado para mi coleteo, sintiendo que algo extraño me bailaba en la garganta secándomela casi totalmente.

—Pero esto es fantástico, jefe —exclamé por fin—. Esa chica no pudo morir hace doce horas porque...

Me detuve a tiempo antes de proseguir. Afortunadamente para mí, el jefe no estaba pendiente de mis palabras. Su atención la atraía otro detalle, un detalle que me soltó casi al momento.

—¿Y la sangre? ¿Conoces tú algún crimen donde se haya utilizado sangre de otra persona para manchar a la víctima?

—Confieso que no —me apresuré a responder, más para calmarle que porque me sintiera realmente interesado en ello.

—Garret lleva el caso y es amigo tuyo. Quiera una información detallada y en exclusiva. No vuelvas por aquí sin ella.

Sabía de antemano que era inútil discutir con el tozudo del jefe, de forma que preferí fingir una sumisión total y abandoné la redacción dirigiéndome a la comisaría donde prestaba sus servicios Garret. Una idea bailoteaba en el interior de mi cerebro. Si la muchacha llevaba muerta más de doce horas, no podía tratarse en forma alguna de Alice, puesto que yo estuve con ella hasta las ocho de la tarde y el crimen se descubrió alrededor de las cuatro. ¿Estaría en lo cierto el forense?

Garret estaba rodeado de informes por todas partes cuando asomé la cabeza por la puerta de su despacho.

—¿De vuelta ya, Bob? —gritó sin mirarme.

—Venía a enterarme de más cosas. Por ejemplo, lo relacionado con la hora de la muerte y con esa sangre de desconocida procedencia —añadí al recordar el interés de mi jefe por ello.

Garret se pasó una mano por la frente con gesto de cansancio; luego encendió un cigarrillo en la actitud del hombre que no tiene gana alguna de fumar, pero que recurre al tabaco por costumbre.

—No estoy autorizado para hablar de nada de eso, Bob. Lo siento.

—Eso es tanto como declarar que aun no tenéis idea de lo que ha ocurrido —puntalicé yo sonriendo levemente.

—Si tan bien me conoces, ¿por qué preguntas?

Sin dejar de sonreír le di unas palmadas en la espalda, intentando así restar importancia a sus palabras algo bruscas.

—Es costumbre, muchacho, simple costumbre —dudé unos momentos antes de seguir—. ¿Qué conseguiría yo si aportara nuevos detalles al caso?

Garret pareció impulsado por un muelle de acero, tal fue la energía puesta en el salto con que se levantó del asiento que ocupaba.

—Sin rodeos, Bob —amenazó con voz bronca—. ¿Qué sabes tú de esto?

Volví a sonreír, encendiendo a mi vez un cigarrillo lentamente.

—Una exclusiva cuando el caso se solucione...

—Para eso tiene que ser muy interesante lo que sabes...

—Lo es.

El teniente se paseó unos momentos meditando mi proposición.

—De acuerdo, Bob; pero no publicarás ni una palabra hasta que te autorice a ello.

—Palabra de periodista.

Garret me dirigió una mirada como si pusiera en duda la autenticidad de tal palabra, pero no objetó nada. Parsimoniosamente me dediqué a contarle todo lo ocurrido la tarde anterior, desde el instante en que había conocido casualmente a Alice hasta que me presente en el lugar del crimen. Al terminar, Garret moduló un silbido de sorpresa.

—Parece una novelita de hadas —murmuró.

—Con la diferencia de que las hadas sólo hacen cosas buenas.

—De todas formas me parece eso un asunto muy oscuro. De

momento conocemos la existencia de un tal Lambretti y la posibilidad de que Alice Sanders no esté muerta, ya que tú hablaste con ella después de que realmente muriera la chica que hemos encontrado en su casa.

—Son simples pistas, que unos sabuesos como vosotros podéis seguir muy bien.

—No tengo el ánimo dispuesto para escuchar tus bromas...

Me encogí de hombros adoptando en el acto un tono más cortés, puesto que sobradamente conocía yo el humorcito que en ocasiones animaba a mi amigo.

—Lo siento, teniente —indiqué en tono humilde y sumiso, que a mí mismo me pareció más burlón aún que el anterior.

—No me llames teniente.

—Lo eres y no debo olvidarlo, puesto que desde este instante te debo total obediencia en este asunto.

Garret abrió la boca movido por el asombro que le producían mis palabras, luego maldijo en voz alta y añadió:

—¿Puedo saber qué nuevo juego te traes entre manos? ¿Desde cuándo estás bajo mis órdenes?

Procuré adoptar la expresión más ingenua que conocía, aunque ya de camino hacia la puerta del despacho. Abriéndola, me volví hacia él con esa rara expresión en mi rostro y murmuré:

—Trabajamos juntos en el caso, teniente; no lo olvides.

Salí del despacho antes de que se desatara otro de los accesos de cólera de mi amigo, pero me detuve en la puerta de la comisaría antes de salir a la calle. ¿Qué podía hacer yo en realidad? ¿Buscar a Lambretti, un hombre del que sólo conocía el apellido? ¿Buscar a Alice? ¿Dónde y cómo?

Todas estas preguntas creí haberlas formulado en mi mente nada más, pero lo cierto es que las debí pronunciar en voz alta por cuanto la mirada que me dedicó el agente de la puerta cuando me decidí a abandonar la comisaría para acomodarme en mi automóvil, fue verdaderamente notable. Claro que a mí no podía aquello importarme lo más mínimo. Estuve tentado de dedicarle un ademán burlón, como hacía cuando de pequeño aparecía un «cop» en la esquina de la calle donde los amigos de la misma calle y yo jugábamos a «baseball» con gran peligro para las ventanas del vecindario. Luego pensé acertadamente que me había constituido

por propia voluntad en una especie de policía honorario, y que por consiguiente no estaba nada bien burlarse de un compañero de cuerpo. Por lo tanto puse en marcha el vehículo y me alejé de allí. Durante cerca de media hora di vueltas por distintas calles atendiendo sólo maquinalmente a la dirección de mi «Ford», con el pensamiento puesto en lo que realmente tenía que hacer para meter mis narices en todo aquel embrollo. Al fin y al cabo, bien claro estaba el hecho de que yo poseía todos los comodines del juego y que voluntariamente los había puesto a disposición de la policía, aunque en mi opinión, en aquellos instantes, había hecho el ridículo con ello, puesto que mejor hubiera podido investigar por mi cuenta sin riesgo alguno de ir despertando la alarma por todas partes, como ocurría en cuanto la policía metía baza en cualquier asunto de aquella categoría. Y de pronto me acordé de Dolly.

Dirigí una mirada a mi alrededor para cerciorarme del lugar donde me hallaba, y por la primera calle transversal torcí a la izquierda para dirigirme cuanto antes al domicilio de la muchacha, a la que aun no había dado explicación alguna sobre lo ocurrido el día anterior. Probablemente estaría algo enfadada conmigo.

¡Qué optimistas somos a veces los hombres! Dolly no estaba «algo enfadada»; la verdad es que no quiso recibirme de momento, y que sólo por mi aspecto de chico bueno me dejó pasar al apartamento la amiga que con ella lo compartía. Con tono contrito me enfrenté con la hoja de madera que cual barrera difícil de franquear se interponía entre Dolly y yo.

—Escúchame, por favor —supliqué ante la puerta—, tienes mucha razón de estar enfadada. Lo reconozco...

Esperé unos momentos, confiado en que mis palabras la ablandarían. Pero volví a equivocarme, por lo que me vi precisado a insistir:

—Te prometo que no fue culpa mía lo sucedido... Yo no conocía a aquella mujer, vino a mí en demanda de auxilio recurriendo al periodista. Se trataba de un asunto muy importante. Tal vez me concedan el «Pulitzer» por lo que haga en este lío que se nos ha caído encima.

Empecé a sospechar que Dolly tenía un corazón de granito, pero como la chica me gustaba de verdad, quemé un nuevo cartucho deseando de corazón tener mejor suerte aquella vez.

—Fíjate si el asunto es importante, que la muchacha ha aparecido muerta esta madrugada en su domicilio...

La puerta se abrió bruscamente haciéndome vacilar, pues estaba totalmente apoyado en ella.

—¿La mataste tú? —inquirió Dolly con los azules ojos muy abiertos.

—No, no, vidita, tranquilízate. Yo la dejé bien vivita...

—¿Entonces estuviste en su casa?

—Fue necesario, comprende. Tenía que darme unas pruebas de cuanto me contó...

Dolly contrajo su bonito rostro y se echó hacia atrás dispuesta a cerrar de nuevo la puerta, pero esta vez en mi propia faz.

—Espera —rogué, colocando el pie en la trayectoria de la puerta para impedir que se cerrara del todo—. He venido a pedirte que me perdones y a hacer las paces yendo a almorzar a algún sitio divertido.

El rostro de Dolly se suavizó un tanto, pero a pesar de ello murmuró:

—¿Crees que soy de esa clase de chicas que se dejan sobornar por una invitación?

Creo que puse los ojos en blanco, llevándome la mano al corazón con gesto de plena sinceridad.

—De ninguna manera, Dolly. Te he pedido que accedas a almorzar conmigo porque quería conseguir tu perdón de forma tranquila y prolongar al máximo el momento que pasemos juntos.

La había vencido, me di cuenta enseguida.

—Está bien. Espérame en la salita mientras me arreglo.

Sonriendo satisfecho de mi triunfo, me encaminé a la pieza indicada, tropezándome con una mirada de muda reconvención de la compañera de apartamento de Dolly, que tuvo la virtud de borrar mi sonrisa. Veinte minutos después salíamos los dos de la casa, y algunos más tarde nos acomodábamos ante una mesa de un restaurante semilujoso que frecuentaba con asiduidad. Encargué el almuerzo para los dos y miré a Dolly intentando leer sus pensamientos.

—Estoy esperando que me pidas perdón —murmuró sin sonreír, pero con ganas de hacerlo.

—Demasiado sabes que yo no sirvo para eso, pero te garantizo

que siento lo ocurrido y que yo mismo fui el primer sorprendido...

Dolly se inclinó un poco hacia mí con la curiosidad retratada en sus pupilas.

—¿Es cierto que esa chica ha muerto?

—Por lo menos se ha encontrado un cadáver desfigurado en su casa; claro que oficialmente no se ha dicho aún nada —mentí, seguro del efecto que aquello iba a producirle.

—No diré nada —murmuró con evidente satisfacción.

Yo me reí para mis adentros, pensando lo sencillo que era transformar a una muchacha como Dolly en un ser especial, distinto por completo de los demás mortales.

—No debes decirlo ni comentarlo. Tendré un reportaje sensacional cuando todo se aclare...

—Pero, entonces... ¿Tú tienes que investigar también por tu cuenta?

Asentí con un movimiento de cabeza, algo orgulloso asimismo de la admiración que reflejaban las pupilas azules.

—¿Y no será peligroso?

Recordé instintivamente el cadáver de la muchacha que habíamos tomado por Alice y la visita realizada por unos desconocidos a mi apartamento, y un extraño escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—No, querida, no será peligroso.

—Si a ti te ocurriera algo...

Le tapé la boca precipitadamente para que no terminara la frase.

—Da mala suerte hablar de desgracias.

—¿Eres supersticioso?

Moví la cabeza negativamente, sin poder apartar de mi imaginación el cadáver de la muchacha de rostro desfigurado. ¿Quién podría ser? ¿Qué relación tendría aquella desgraciada con todo aquél, asunto? ¿Por qué habría muerto? ¿Por qué tuvieron interés sus asesinos en hacernos creer que se trataba de Alice Sanders? He aquí mi montón de preguntas que no sabía cómo responderme y que probablemente estarían torturando también al teniente Garret, si es que a éste le torturaba en su vida algo.

—¿En qué estás pensando, querido? —Oí la voz de Dolly entre las brumas que enturbiaban mi cerebro—. Hace un buen rato que te estoy hablando y no me has hecho ningún caso. ¿No tenías interés

en saber cómo terminaba la película que fuimos a ver el otro día?

¿Una película? ¡Qué rábanos me importarían a mí las películas en aquel instante! Sin embargo, con una sonrisa amable indiqué:

—Perdóname, pensaba en lo que he escrito esta mañana. ¿A qué película te referías?

—A la que vimos el otro día. ¿No te acuerdas que tuviste que salir a telefonar y te quedaste sin ver la última media hora?

Vagamente me pareció recordar el film al que se refería: un antiguo rollito sobre las actividades de una banda de espías, que preferí dejar de ver excusándome con una llamada telefónica cuando en realidad pasé el rato en el bar del cine.

De nuevo Dolly volvió a explicar el desenlace de la película mientras yo la miraba sin verla, ensimismado en mis propios pensamientos. Indudablemente, los tipos que liquidaron a la muchacha tan parecida a Alice eran los mismos que penetraron en mi piso, e indudablemente sabían también todos mis pasos, lo que indicaba que alguien me vigilaba. Sonreí cuando Dolly dio por finalizada su explicación, y luego, disimuladamente, dirigí un vistazo a mi alrededor como si creyera en la posibilidad de distinguir a mi probable seguidor entre los clientes del restaurante. Naturalmente, todas las caras me parecieron sospechosas, y todas inocentes también del delito que mentalmente les asignaba. Tal vez empleando un poco de astucia podría capturar a aquel individuo que podía ser el cabo de la madeja que tanto interés tenía en desenredar.

—¿Qué piensas hacer esta tarde, Dolly? —inquirí.

—No me digas que estás dispuesto a dedicármela por entero —tanteó ella con incredulidad.

—Podría ser, bastaría con una llamada al jefe diciéndole que estaba muy ocupado...

Dolly palmeó con alegría.

—¡Oh, Bob, eres encantador!



—¿Conoces a ese tipo, Harry?

Yo no estaba muy seguro de ello, puesto que conocía sobradamente los motivos que me inducían a formular tal invitación, pero no quise desengañarla. Al fin y al cabo uno tiene su corazoncito y le gusta que le llamen ciertas cosas, sobre todo si quien las dice es una muchacha tan deliciosamente sugestiva como Dolly.

—Encarga el postre mientras voy a telefonear —anuncié poniéndome en pie.

Con paso tranquilo, y pendiente de los movimientos de los clientes del local, me dirigí a las cabinas telefónicas. ¿Sería posible que si se hallaba allí mi perseguidor no intentaría saber lo que pensaba hacer? Elegí la última cabina de la fila, y tras introducir un níquel en el aparato marqué el número del periódico pidiendo que me pusieran con el redactor jefe.

—¿Puedo saber dónde demonios te metes, Bob? —chilló a través del auricular en cuanto establecieron la comunicación.

—Esos gritos acabarán con su sistema digestivo, jefe.

—Lo que quisiera es acabar contigo. ¿Has decidido dimitir o empiezas a hacer locuras?

—Ni una cosa ni otra. Estoy tras la pista de algo bueno, pero necesito libertad de acción absoluta. He firmado una especie de tratado con el teniente Garret para ayudarnos mutuamente en el asunto de esa Alice Sanders, jefe. Yo le ayudo en las investigaciones, y él me da una exclusiva al final.

—Y entretanto, ¿qué hago con tu sección y con el consejo de administración?

—Al consejo mándelo a paseo. La sección puedo escribirla igualmente, no se preocupe por eso.

—Pues preocúpate tú de que la exclusiva valga realmente la pena. Sólo así olvidaré tu falta de disciplina. —Hizo una pausa, y con un tono completamente distinto añadió—: Diré a Ronald que esté preparado para cualquier reportaje gráfico...

—Tal vez no haya fotografías, jefe.

—¡Las necesito! ¡Ha de ser realmente sensacional en todos los aspectos!

Me apresuré a tranquilizarle asegurándole que haría cuanto pudiera, y colgué el auricular respirando hondo. La moneda estaba echada, me iba a hacer falta mucha más suerte de la que mi jefe me había deseado. Apoyado en la pared de la cabina telefónica, encendí un cigarrillo, y entonces oí un ruido leve en la cabina de al lado que me puso los nervios en tensión impidiéndome lanzar siquiera la primera bocanada de humo. En la cabina de al lado había alguien, alguien que procuraba pasar desapercibido y que no estaba utilizando el teléfono, como deduje por el sistema de aplicar el oído

al delgado tabique de separación entre nuestras respectivas cabinas. Por ese sistema, indudablemente, quienquiera que fuese había podido escuchar mi conversación con el periódico, y si así había sido no cabía duda alguna sobre un punto: el hombre de la cabina más próxima a la que yo ocupaba era el designado en aquella ocasión para seguir mis pasos.

Permanecí inmóvil algo más de un minuto, intentando captar el rumor más leve que me permitiera conocer lo que iba a hacer mi invisible antagonista; luego decidí que lo más prudente era salir de dudas, de forma que abrí la puerta de mi cabina con cierta brusquedad dando un salto lateral para situarme ante la contigua. A través del cristal de la puerta percibí la figura de un hombre joven que parecía charlar por teléfono, puesto que mantenía el auricular pegado a su oído izquierdo. Pero lo que más me chocó fue el hecho de que estaba recostado contra el tabique opuesto al de unión entre su cabina y la que yo había ocupado, cuando la posición lógica era apoyarse en el otro tabique, puesto que en el primero estaba empotrado el aparato telefónico, lo que le obligaba a adoptar una postura muy incómoda. Sin pensarlo dos veces abrí la puerta de su cabina, y sin parar mientes en su expresión de protesta le saqué de allí tirando de las solapas de su americana.

—Fuera caretas, amiguito —silabeé con no demasiada amabilidad—. ¿Qué has estado escuchando ahí dentro?

El muchacho debía tener unos veinte años, abrió unos ojos muy grandes y murmuró con un principio de enfado:

—Suélteme. Suélteme o le pesará...

—¿A mí? Di mejor que eres tú quien va a sentir lo que acaba de ocurrir. Vamos, habla: ¿quién te envió?

Mi antagonista se puso encarnado, aunque no supe si por lo directo de mi pregunta o por la presión que ejercía sobre su cuello al mantener aún entre mis manos las solapas de su americana y también la corbata y una parte de su camisa.

—He dicho que me suelte —susurró.

—A terco no hay quien me gane. Responde a lo que te he preguntado o te calentaré las orejas. ¿Quién te envió para que me vigilaras?

Mi voz debió escucharse en diez leguas a la redonda por lo menos, porque con expresión compungida apareció allí el *maître* del

establecimiento, quien nos contempló un instante sin saber qué partido tomar.

—Henry —dije yo sin volverme, adivinando quién estaba allí—. Avisa a la policía que manden una pareja para llevarnos a este muchachito obstinado.

—Por favor, señor Travis, debe existir algún error —balbuceó el *maître* realmente consternado.

—¿Error? —pregunté yo, volviéndome a mirarle, pero sin soltar mi presa—. Me ponen nervioso los tipos que se dedican a escuchar tras las puertas, y este pollito se ha empeñado en escuchar lo que yo hablaba por teléfono.

—Le aseguro formalmente que debe existir un error —insistió Henry-Conozco muy bien a este caballero, y él...

—¿Que tú conoces a este tipo? —repetí yo realmente asombrado, empezando a pensar que me había excedido en mis suposiciones.

—Desde luego, señor Travis. Es míster John B. Narrow, hijo. Tanto su padre como él son asiduos clientes de este local.

Lentamente aflojé la presión que con la mano derecha ejercía sobre el muchacho, hasta permitirle que se enderezara, completamente libre.

—Hubiera jurado que me estaba espiando —murmuré.

—Se acordará usted de esto, Travis —dijo el muchacho con enojo mal contenido—. No pararé hasta conseguir que le retiren el carnet de periodista...

Apreté las mandíbulas viendo cómo se alejaba hacia el vecino comedor seguido por el *maître*, que intentaba disculparse por lo sucedido. Resultaba tan extraña aquella coincidencia. Pero, si realmente el muchacho era hijo de John B. Narrow, me había metido en un buen lío. A menos que...

Mi mirada se centró en el auricular que se balanceaba en la cabina que momentos antes había ocupado el muchacho. Movidó por un extraño presentimiento así el auricular, escuchando unos segundos. Una sonrisa floreció en mi rostro: a través del auricular llegaba claramente perceptible la señal para marcar. Y el muchacho había pretendido hacerme creer que estaba hablando normalmente con alguien.

Pasé al comedor eludiendo la mirada de muda reconvención que

me dirigí Henry. No había ni rastro del chico, por lo que fui directamente a la mesa donde me aguardaba Dolly, quien me recibió con una sonrisa de curiosidad.

—¿Qué pasaba ahí, Bob? —quiso saber—. Me pareció que gritabas...

—Encontré a un antiguo amigo —mentí con naturalidad— y recordamos nuestras discusiones de hace años. Siempre discutíamos a gritos...

No creo que Dolly quedara muy convencida con la explicación, pero lo cierto es que no volvió a referirse a tal asunto en el resto de la tarde. Fuimos a bailar a un lugar frecuentado por las estrellas de la pantalla, cosa que entusiasmó a Dolly, aunque en realidad no nos topáramos con ninguna de ellas ni tampoco con el joven Narrow, que era quien en aquellos momentos me interesaba más. Luego la acompañé a su casa, pretextando que tenía que resolver aquella noche un asunto relacionado con el periódico y que sólo aplazándolo había podido dedicarle la tarde íntegra.

Detuve mi automóvil junto a una cabina pública y busqué en el listín el apellido Narrow, que no tardé en localizar. Mentalmente repetí la dirección que había leído intentando al mismo tiempo dar con el camino más corto para llegar con mi automóvil a la mansión que ocupaba la familia, sobradamente conocida en Los Ángeles por cuanto se rumoreaba que Narrow, padre, era uno de los más fuertes capitalistas de Hollywood, aunque oficialmente no se relacionara jamás su nombre con el Séptimo Arte, puesto que múltiples negocios absorbían la atención del magnate de las finanzas. Al llegar a tal punto de mis reflexiones, preferí madurar un poco más mi plan antes de llevarlo a la práctica. Le estuve dando vueltas al asunto durante los diez minutos justitos que tardé en fumarme un cigarrillo, pero al aplastar la punta en el cenicero del tablero de mi automóvil, había tomado ya una determinación.

Y esa determinación me llevó a casa de los Narrow, una familia que con su influencia podía anular toda mi carrera si mi presencia no les resultaba grata. Aquello iba a ser como jugarse el sueldo de todo un año a una carta, pero valía la pena probarlo. Así por lo menos pensaba mientras conducía mi coche entre el tráfico hacia la señorial residencia de la familia, deseando al mismo tiempo no encontrar en la casa al vástago del millonario para evitar desde un

principio situaciones tirantes que únicamente yo tenía en aquellos momentos derecho a provocar, de acuerdo con mis planes.

CAPÍTULO III

—Lo lamento, señor. La fiesta es de etiqueta... Miró al mayordomo que de esta guisa me recibía junto a la puerta de entrada de la casa, y luego miré el terno que llevaba puesto para volver nuevamente mi atención al mayordomo.

—No vengo a ninguna fiesta —me limité a explicar—. Deseo hablar con John B. Narrow, padre.

—¿Le ha citado el señor? —inquirió el mayordomo con expresión de extrañeza que empezó a molestarme.

—No puedo perder demasiado tiempo, cara de palo —repuse abruptamente—. Es mejor que me acompañe hasta donde está él.

El mayordomo compuso una expresión de majestad ofendida, pero mi tono debió convencerle porque murmuró:

—Hablaré con el señor. Tenga la bondad de seguirme.

Me dieron ganas de darle unas palmadas en la espalda para borrar de su rostro aquella expresión apenada que apareció al escuchar mis palabras, pero inmediatamente convine en que no se sentiría demasiado halagado con ello, de forma que reprimí mi deseo y me acomodé en un cómodo sillón de una pequeña salita magníficamente decorada donde me introdujo el mayordomo. Despreocupadamente encendí un cigarrillo, tratando de hallar en mi mente una forma adecuada para iniciar la conversación que momentos después debía sostener con el padre de aquel jovencito sospechoso, que sin embargo ostentaba apellido de tanto relieve.

La puerta de la estancia se abrió en aquel instante dando paso a una muchacha de gran distinción, elegantemente vestida. La recién llegada cerró la puerta a su espalda y luego me contempló con expresión dubitativa.

—¿Es usted Robert Travis? —inquirió con una voz de matices

maravillosos.

—Efectivamente —respondí, poniéndome en pie.

—Siéntese entonces y explíqueme qué le trae por aquí.

Obedecí la primera parte de su indicación, pero en lugar de hacer lo mismo con la segunda pregunté:

—¿Es usted acaso míster John B. Narrow?

—Está bien claro que no.

—En ese caso nada tengo que explicarle, señorita...

—Soy la secretaria particular de míster Narrow.

Él está ahora demasiado ocupado para poder recibirle, y me ha pedido que le atendiera en su nombre.

—Muy honrado por tamaño deferencia —comenté yo burlón—. ¿Salimos a dar una vuelta? Conozco un lugar adecuado para cenar con usted.

Las pupilas de la muchacha se dilataron por la evidente sorpresa que mis palabras le habían producido.

—Quiero suponer, míster Travis, que todo eso es una broma...

—¿Broma? Nunca he hablado más en serio, encanto —repuse yo con toda tranquilidad—. ¿No le ha encargado míster Narrow que me atienda en su nombre? Imagino que sus atenciones pueden llegar hasta ese extremo.

La muchacha tragó saliva con evidente dificultad, pero casi instantáneamente se recuperó de su sorpresa.

—Hablemos del asunto que le ha traído aquí —indicó con voz carente de inflexiones.

Yo me puse en pie decididamente, acercándome a ella y escrutando con tranquilidad las facciones de la muchacha.

—Ese asunto sólo lo discutiré con míster Narrow. No me gusta tratar de negocios con intermediarios, aunque estos sean tan bonitos como usted...

La puerta de la estancia se abrió en aquel momento dando paso al joven que horas antes había sostenido el altercado conmigo. Torcí el gesto al verle, recordando que estaba en su casa y que, lógicamente, el poderoso John B. Narrow no me iba a tolerar que tuviera una disputa con su hijo en tal lugar. Pero mi sorpresa fue grande al observar que el jovencito me miraba como a un extraño.

—Perdón —murmuró cortésmente— no suponía que hubiera alguien en este lugar...

Durante unos momentos permanecemos los tres en silencio; luego la muchacha rompió el mutismo para indicar:

—Este señor quería hablar con su padre, míster Narrow.

El joven me contempló con curiosidad como si aquélla fuera la primera vez que me veía, desconcertándome por momentos.

—Mi padre está muy ocupado en este instante.

Si puedo yo serle útil...

Asentí con un movimiento de cabeza, decidido a aclarar tan anómala situación. La muchacha salió en silencio de la estancia dejándonos solos, y en cuanto la puerta se hubo cerrado exclamé:

—No es necesario que sigamos fingiendo, ¿no le parece?

—¿Por qué íbamos a fingir?

—Eso mismo digo yo —asentí algo excitado—. No me irá a decir que se ha olvidado ya de mí.

—Ciertamente, es difícil olvidarse de una persona como usted, Travis —repuso plácidamente el joven—. ¿Ha venido a hablar con mi padre de lo ocurrido este mediodía en el restaurante?

Algo más aliviado, suspiré profundamente.

—Por un momento sospeché que lo había soñado todo —comenté sin comprender aún su postura.

—Digamos que me molesta cualquier tipo de escándalo.

—Añadamos entonces que a mí me molesta igualmente el saberme espiado.

—¿Por mí?

—Por quien sea.

El joven Narrow sonrió tenuemente, tomando asiento en uno de los sillones de la estancia con aparente tranquilidad.

—Aun no he comprendido cómo imaginó usted que yo le estaba espiando...

—Pues resulta evidente. Ocupó usted la cabina telefónica contigua a la mía, fingió que llamaba cuando en realidad no fue así como comprobé después de nuestro encuentro, y por si fuera poco, aun fingió escandalizarse por mi intervención...

—Reconozca conmigo que su forma de comportarse no fue precisamente correcta.

Para entonces yo había llegado ya al límite de mi paciencia, que reconozco no es excesiva. Mis nervios se resentían de aquel estúpido juego de palabras, y un cosquilleo molesto recorría mis brazos.

—Al diablo con las conveniencias sociales y los buenos modales —bramé—. ¿Qué quería usted saber? ¿Quién le ordenó que me vigilara?

Narrow, hijo, pareció abstraerse en la contemplación del solitario que lucía sobre el anular izquierdo. Una sonrisita irónica flotaba en su rostro al murmurar:

—¿Por qué no reconocer que su extraordinaria personalidad me sedujo hasta el extremo de sentir cierta curiosidad por conoced sus andanzas?

—¿Y para eso se dedica a escuchar conversaciones telefónicas? Oiga, amiguito; tal clase de curiosidad sólo es propia de un policía o de un pillo redomado. Usted no pertenece al primer grupo...

Dije aquello prescindiendo del lugar donde me hallaba, pero tras pronunciar tales palabras pensé que toda la cólera de los Narrow iba a caer sobre mi cabeza. Por eso fue mayor mi sorpresa al escuchar la voz del joven, que sin alterarse por mi acusación murmuraba:

—Es una discreta forma de llamarme pillo, ¿no le parece?

Me acerqué a él hasta quedar separados por unas pulgadas tan solo.

—Hablemos claro, Narrow —exigí con dureza—. ¿Qué tiene usted que ver en todo este asunto?

—¿Qué asunto, Travis? —preguntó dulcemente, mirándome desde el lugar que ocupaba en el sillón y sin muestra alguna de inquietud.

—Demasiado sabe a qué me refiero. Hay un asesinato de por medio —seguí lanzando mis golpes a ciegas—, y por si esto fuera poco, la envergadura de este asunto es demasiado enorme para que un jurado tomara su intervención como simple capricho de un «snob» ocioso. ¿Sabe usted qué pena señalan los jueces para los complicados en la trata de blancas?

El rostro del muchacho cambió de color. Fue tan sólo una fracción de segundo, pero me bastó para cerciorarme de la seguridad de mis sospechas.

—Es preferible que me cuente cuanto sabe, Narrow. Aun está a tiempo de abandonar esa nave que ya amenaza hundirse y volver a su lugar de persona respetable. Imagino que a su padre no le baria ninguna gracia saber todas esas cosas sobre su conducta...

—Pensé que podríamos sostener una conversación cordial que destruyera todos los malentendidos existentes entre nosotros, pero en modo alguno estoy dispuesto a prolongar por más tiempo la escena. ¿No le han dicho nunca que hasta para periodista resulta usted demasiado impertinente?

La censura, hecha en mesurado tono de voz, tuvo la virtud de hacerme enrojecer hasta las orejas, aunque no fuera yo un tipo de los que acostumbran a ruborizarse; pero también me sirvió de acicate para abandonar toda suerte de compostura, estúpidas a mi juicio, ya que aquel jovencito parecía disfrutar muchísimo intentando jugar conmigo.

—Imagino que es privilegio de su nombre y posición hacer víctima de sus ironías a cuantos le rodean, pero conmigo ha errado el tiro, Narrow. Tendrá que acompañarme a cierta comisaría de policía donde se alegrarán mucho de poderle hacer ciertas preguntas...

John B. Narrow, hijo, abandonó su placidez para ponerse en pie de un salto.

—¿Es usted policía además, Travis?

—Únicamente honorario —mentí yo con toda desfachatez.

—En ese caso imagino que traerá consigo una orden de arresto.

Lancé media docena de maldiciones seguidas en el intervalo de un par de segundos tan solo, dedicadas íntegramente a la tenacidad de ciertos jovencitos versados en asuntos que no les incumbían.

—¿Se niega a venir conmigo?

—¿En calidad de qué?

Nuestras miradas se cruzaron como dos espadas, y a pesar de la costumbre que tenía de salir victorioso en tales trances, no pude por menos que confesarme vencido ante la seguridad que leí en las pupilas del muchacho.

—¡En calidad de nada, porras! —grité realmente exasperado.

Como un huracán incontenible me dirigí hacia la puerta de la salita. Con la mano sobre el pomo, amenacé aún:

—Esto no quedará así, se lo aseguro.

—Algo así le dije yo hace unas horas, y sin embargo he olvidado ya su violencia. ¿No va a ocurrir lo mismo en su caso?

Me volví, asiendo con fuerza el pomo para desahogar en él toda mi indignación.

—¿Pretende insinuar que olvide cuanto sé?

—No insinúo nada. Travis. Simplemente le aconsejo que se ande con pies de plomo. Imagino que a la policía no le haría ninguna gracia saber sus andanzas...

—¿Me amenaza?

—Le prevengo. Tengo el título de abogado y conozco a la perfección mis derechos.

Solté un bufido y crucé la puerta dando un fuerte portazo al salir.

—¿Desea aún hablar con míster Narrow, señor Travis? —preguntó una voz femenina.

Me volví en aquella dirección, enfrentándome con la encantadora secretaria.

—¿También usted se dedica al espionaje, preciosa? —interrogué bruscamente.

La muchacha arqueó las cejas con gesto delicado para añadir:

—El señor Narrow me preguntó sobre el motivo de su visita; luego añadió que podía dedicarle unos momentos. ¿Tiene la bondad de acompañarme?

Dirigí una mirada a la cerrada puerta tras la que había quedado el joven Narrow, luego me encogí de hombros.

—Vamos allá —asentí con cierta indiferencia.

Precedido por la muchacha, crucé un largo corredor hasta desembocar en una escalera por la que ascendimos en silencio. De nuevo cruzamos un segundo corredor, correspondiente al piso alto de la mansión. Instintivamente pensó que si el muy poderoso John B. Narrow obsequiaba con una fiesta a sus amistades, resultaba extraño que estuviera en lugar tan apartado de sus invitados; pero mis reflexiones quedaron interrumpidas al penetrar en una reducida estancia dedicada indudablemente a despacho donde descubrí a un individuo de mediana edad vestido de etiqueta.

—El señor Narrow —indicó la muchacha.

No tuve tiempo de examinar al individuo, puesto que se apresuró a acercarse a mí alargándome la mano derecha con gesto de espontánea cordialidad.

—¿Bob Travis, no? —inquirió sonriendo—. Acostumbro a leer sus artículos...

Me sentí ligeramente desconcertado. Siempre había supuesto

que un individuo como Narrow sólo se interesaba por la columna bursátil de los periódicos, pero realmente parecía conocerme y tal idea me hizo sentirme halagado.

—No dispongo de mucho tiempo, puesto que me debo a mis invitados. Sin embargo, siento curiosidad por saber qué le trajo hasta aquí.

Por unos momentos me sentí algo turbado. ¿Debía explicar a aquel hombre lo que sospechaba? ¿Debía hablarle de la supuesta relación de su hijo con una banda de peligrosos criminales? ¿Cómo iba a reaccionar al saber la noticia?

—En realidad he tratado ya ese asunto con su hijo...

—¿Satisfactoriamente?

Asentí con un movimiento de cabeza, debatiéndome en un mar de confusiones.

—En ese caso permítame que me reintegre a mi lugar de anfitrión —volvió a estrecharme la mano sonriendo—. He tenido gran placer al conocerle, Travis.

—Igual opino, señor Narrow —me detuve unos momentos—. Convendría que vigilara un poco a su hijo. Sospecho que se ha metido en un asunto algo turbio, tal vez por su juventud e inexperience.

El hombre compuso un gesto serio al tiempo que enarcaba las cejas.

—No le comprendo —murmuró suavemente.

—Es largo de contar y usted no dispone de tiempo para ello, pero convendría que hablara con él sobre la conversación que hemos sostenido hace unos momentos...

—Así lo haré. Sospecho que debo agradecerle tal indicación.

—No tiene importancia.

Precedido por la secretaria, que había asistido como una estatua a nuestra conversación, desande el camino que me había llevado a aquel lugar. Sólo al llegar al piso bajo habló la muchacha.

—Será preferible que salga usted por la puerta trasera. Están llegando los invitados y les extrañaría verle salir por la puerta principal.

—Lo comprendo y no tengo inconveniente alguno —repuse yo con toda sinceridad, sintiéndome identificado con lo que algunos calificaban de bondadoso.

La muchacha me llevó a la parte trasera de la mansión indicándome el camino a seguir hasta donde había dejado aparcado mi automóvil.

—¿Por qué no me dice cuándo hace usted fiesta? —pregunté bruscamente en el justo instante en que ella se disponía a regresar al interior de la casa.

—¿Puedo saber con qué objeto? —interrogó a su vez con algo de frialdad en el tono.

Esboqué una sonrisita irónica, recuperada en parte mi habitual sangre fría, y repuse:

—Bueno, cuando una muchacha es como usted, no creo que resulte necesario indagar el motivo de mi pregunta. De verdad que me gustaría ir a algún sitio divertido con usted.

—Detesto a los periodistas.

—A mí en cambio me chiflan las secretarías bonitas.

—Lo siento. Buenas noches.

Me encogí de hombros aceptando la negativa y consolándome al pensar que Dolly me resarciría de aquella especie de fracaso sentimental. Me detuve unos instantes para encender un cigarrillo y luego me dirigí con decisión hacia donde había quedado mi «Ford», acomodándome en el asiento delantero.

—Creíamos que te habías perdido por el camino.

Todos mis músculos se pusieron en tensión al escuchar la voz que en la obscuridad partía del asiento posterior de mi propio automóvil, pero la tensión subió al máximo al advertir la poca tranquilizadora presión de un objeto frío y cilíndrico en la parte posterior de mi cuello.

—Es preferible que te portes bien, amiguito. Pon en marcha el automóvil y conduce con mesura siguiendo mis indicaciones.

Comprendí que iba a resultar una estupidez mayúscula intentar discutir semejante orden formulada en tono ligeramente burlón, de forma que pulsé el botón de arranque conduciendo con suavidad durante algunos momentos.

—Dirígete a los muelles —ordenó la voz de mi desconocido acompañante, sin menguar la presión de pistola sobre mi cuello.

Durante cerca de veinte minutos conduje como si me estuviera examinando para conseguir el carnet. En un par de ocasiones tuve la oportunidad de distinguir el rostro de mi asaltante en el espejo

retrovisor al cruzar un lugar iluminado, y la visión de aquel rostro no sirvió precisamente para tranquilizarme. Indudablemente no había visto a aquel tipo en todos los días de mi vida, y por mi gusto no le hubiera conocido jamás. Claro que en aquellos instantes no podía elegir.

—Sigue hasta el cobertizo doce —ordenó mi acompañante cuando penetramos en la zona de los «docks».

Obedecí como venía haciendo desde que había puesto en marcha el automóvil, y poco después detenía el vehículo frente a la portena de entrada del cobertizo indicado.

—Cuidadito ahora —advirtió burlonamente mi desconocido compañero—. Baja del coche con tranquilidad y avanza unos pasos hasta que yo te diga basta.

Nunca imaginé que yo pudiera llegar a ser tan obediente como estaba demostrando en tal momento. Lo cierto es que me detuve con docilidad pasmosa en cuanto oí la indicación que en el instante preciso me hacía mi aprehensor. Escuché cómo descendía él a su vez del automóvil y cómo cerraba tras sí la portezuela, luego llegaron a mi oído sus pasos pausados.

—Vamos a visitar a unos amigos que se alegrarán mucho de vernos —advirtió apoyando nuevamente el cañón de su pistola en mi cuerpo—. Llama a la puerta de ese cobertizo.

¿Es que no iba yo a poder librarme de él? Debía existir un medio para neutralizar la constante amenaza que para mí representaba su pistola, siempre apoyada en alguna parte de mi anatomía. Quizá lo hubiera, pero yo no lo conseguí descubrir. Como un corderito manso de verdad llamé con los nudillos a la puerta del cobertizo, que se abrió casi al instante dejando ver parte del interior y también a un individuo con aspecto de guardián nocturno que esgrimía una pistola en su mano derecha.

—Traigo al invitado, Joe —habló mi acompañante—. ¿Han llegado los demás?

—Hace un momento —repuso el guardián, echándose a un lado y mirándome con algo de curiosidad.

La mía no era menos, aunque no estuviera dirigida a los dos hombres, sino al motivo que había inducido a John B. Narrow hijo a hacerme raptar a la puerta misma de su casa. ¿No comprendía el jovencito que eso era signo más que evidente de su culpabilidad?

Descendí unos escalones algo desgastados por la humedad, hasta hallarme en una especie de chamizo iluminado por dos lámparas de petróleo, donde esperaban dos hombres de evidente fortaleza física y de tan mala catadura como mi forzoso acompañante.

—¿Ése es el periodista? —preguntó uno de ellos con una mueca burlona.

—El mismo que viste y calza.

El otro se acercó a mí con una curiosidad muy poco tranquilizadora para mi persona. De un manotazo me despojó del sombrero, murmurando:

—Me parece que olvidas un poco tu educación, amiguito.

Dejándome llevar por mis frecuentes impulsos, disparé mi dedo índice en su dirección, golpeando con gesto amistoso su caja torácica.

—Tampoco resulta muy educado tu gesto...

El individuo me contempló como a un bicho raro, luego soltó el trapo de su risa, siendo coreado por los demás.

—¿Por qué no me explicáis el chiste? —pregunté en tono inocente—. De esta forma podríamos reírnos todos.

—El chiste vendrá después..., pero tampoco lo comprenderás —amenazó uno de ellos, cambiando una significativa mirada con sus acompañantes—. ¿Te crees muy listo, verdad?

—Confieso que no demasiado —me aventuré yo, siguiendo la táctica de disparar mis conclusiones a ciegas—. Por ejemplo: ignoro qué ha sido de la verdadera Alice Sanders; ¿la tenéis aquí?

Las risas desaparecieron de los rostros de los cuatro hombres. Hubo entre ellos algo parecido a una muda consulta, y mi acompañante fortuito se apresuró a sacar nuevamente la pistola que momentáneamente había guardado.

—¿No te han dicho nunca que es peligroso saber demasiado?

—Los periodistas hemos de hacerlo —confesé yo con aparente placidez, estudiando la forma de los cuatro sujetos, que poseían evidentes músculos capaces de enfrentarse con media docena de tipos como yo.

—Pues ciertas curiosidades se pagan caras, amigo —amenazó uno de ellos, adelantándose unos pasos en mi dirección.

—¿Por ejemplo? —pregunté yo, calculando rápidamente la fuerza que tendría que imprimir a mi puño para deshacerme del

individuo que esgrimía el arma.

—He aquí la respuesta...

Adiviné más que vi el gigantesco puño de aquel tipo volando en dirección a mi mentón, de forma que me incliné a la izquierda para eludir el golpe mientras mi puño derecho saltaba hacia el estómago del tipo de la pistola, quien lanzó una mezcla de aullido y gemido al recibir el impacto. Luego, algo muy duro me golpeó en el hígado cambiándolo de lugar por mucho tiempo, otra masa dura como el acero se incrustó entre mis ojos provocando una constelación de brillantes lucecitas en mi mente, que quedó admiradísima del espectáculo; tan admirada, que fue incapaz de reaccionar al recibir otro golpe, aunque ya no podía precisar dónde. Vagamente advertí el choque de muchas masas duras en distintas partes de mi cuerpo, mientras un zumbido persistente se enseñoreaba de mis oídos nublando totalmente mi capacidad de reacción. Sinceramente debo decir que no recuerdo otra cosa.

Al despertar fue todo muy distinto. Aquellos golpes que no había sentido, me dolían ahora como si realmente me los estuvieran propinando en aquel instante. Por eso quizá no pude evitar un gemido, que debió resultar mucho más fuerte de lo que yo mismo supuse en un principio, y que atrajo la atención de alguien que se inclinó hacia mí aun cuando BU figura me resultara lo suficientemente borrosa como para adivinar de quién se trataba. Me aterrorizó el pensar que podía tratarse de alguno de aquellos mastodontes, pero al mismo tiempo me sentí más tranquilizado al percatarme de que podía pensar. Poco a poco fui centrando la visión, hasta que con alivio reconocí en la figura del hombre que se inclinaba hacia mí al teniente Garret, mi excelente amigo.

—¿Eres tú, Garret? —pregunté con voz realmente débil.

—¡Albricias, no se ha muerto aún!

El tono irónico de mi amigo contribuyó a despejarme parcialmente. Intenté mover la cabeza, y una sensación dolorosísima me anuló durante unos instantes.

—Estoy como si me hubiera atropellado un mercancías —gemí.

—Estás bastante peor que todo eso. ¿Cómo se te ocurrió llegar a ese extremo, Bob?

Contemplé a Garret como si me estuviera hablando en chino. ¿Cómo se me había ocurrido llegar a qué extremo?

—Debo estar muy mal, no consigo comprender lo que me dices...

—¿Aún te duran los efectos de la borrachera? —inquirió duramente.

Con un violento esfuerzo me senté en la cama donde me hallaba tendido, sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor.

—¿Borrachera? —pregunté con voz débil—. ¿Cómo has podido suponer que yo...?

—No he tenido que suponer nada. Está todo bien claro.

Desesperadamente sujeté por un brazo a Garret, venciendo rápidamente las brumas que aún existían en mi mente.

—Explícame eso, Garret. Te aseguro que no probé el alcohol desde que dejé a Dolly en su casa.

—Eso fue a las ocho y media, según nos dijo ella misma al leer en el periódico la noticia de lo ocurrido.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Según se desprende de los atestados, estuviste bebiendo en un tabernucho cercano a los muelles hasta cerca de las doce, luego promoviste una pelea con unos estibadores que estaban también allí y provocaste un escándalo mayúsculo. El dueño del local salió a pedir ayuda a la pareja de vigilancia de aquella zona, y tú aprovechaste la ocasión para escapar. Te encontraron en tu coche durmiendo la borrachera.

Algo en mi interior se rebeló contra aquellos cargos totalmente falsos.

—¡Tú no puedes creer eso, Garret! —grité desafiando el dolor de cabeza que mi excitación me había producido.

—No es preciso que crea nada. El informe médico demuestra que en tu cuerpo albergabas alcohol; por otra parte, dabas la impresión de haberte bañado en *whisky*.

—Te juro que no probé el *whisky*.

—Las pruebas son evidentes. Existe una denuncia por embriaguez, otra por escándalo nocturno y otra más por los destrozos que causaste en el tabernucho donde armaste todo el tinglado.

Sólo entonces me di cuenta de que tenía un sabor extraño en la boca, como si realmente hubiera estado bebiendo más de la cuenta la noche anterior. ¿Qué artimaña habían fabricado los hombres que

contra mí envió el joven Narrow? Procurando conservar la serenidad, expliqué a Garret lo sucedido el día anterior, sin omitir mi visita a la mansión del muy poderoso John B. Narrow. El teniente me escuchó sin interrumpirme ni una sola vez. Al terminar se encogió de hombros.

—Si fantástico resulta para ti lo que te he dicho —murmuró—, igual de fantásticas me parecen a mí tus explicaciones. ¿Qué pruebas tienes de que cuanto dices sea cierto?

—Hombre..., somos amigos desde hace muchos años...

—Los policías hemos de prescindir de la amistad cuando llega el momento.

Con cuidado me tanteé el rostro, deteniéndome en las distintas tiras de esparadrapo que lo cubrían, mientras mi mente trabajaba a toda velocidad.

—Imagino que todos los cargos que hay contra mí no han provocado mi detención.

—Eso es lo único que puedo hacer en tu favor, pero tendrás que pagar la multa y los desperfectos que causaste en el bar.

—De acuerdo, lo pagaré yo; pero llegado el momento pasaré la factura a quien corresponde.

Garret se volvió a encoger de hombros indiferentemente.

—Allá tú. De todas formas, si es cierto cuanto me has contado, será mejor que te andes con cuidado...

—Gracias por el consejo —murmuré con evidente ironía.

—Trataré de arreglar cuanto antes lo relacionado con las denuncias —indicó Garret disponiéndose a abandonar la habitación que yo ocupaba.

—¿Puedo saber dónde estoy?

—En la enfermería de la Comisaría de los muelles. —Se detuvo en la misma puerta—. Ahí fuera está Dolly. Le diré que pase a charlar contigo mientras arreglo yo todo eso.

Suspiré profundamente, sintiéndome más aliviado y trazando mentalmente el plan que iba a seguir en adelante. Porque en modo alguno estaba dispuesto a quedarme con la paliza y las acusaciones de embriaguez y escándalo nocturno. Demasiado sabía yo a quién debía aquello.

Luego entró Dolly, y no precisamente con cara amable.

—Así es como solucionas tus asuntos del periódico... —empezó

a decir.

—Calma, pequeña; te aseguro que en todo esto hay un lamentable error.

—Aprendí a leer desde muy pequeñita para dejarme convencer por tus palabras. Sinceramente, no esperaba eso de ti.

Intenté sonreír, pero en el acto recordé el esparadrapo que cubría parcialmente mi rostro y me dije que no valía la pena. Ciertamente, Dolly estaba encantadora con aquella expresión de justificada ira y yo necesitaba la compañía de alguien que me resultara realmente grato en aquellos momentos, de forma que cargué con el mochuelo ante —ella, y con acento contrito murmuré:

—Por favor, te ruego que olvides lo ocurrido... Prometo firmemente que no volverá a suceder.

—¿Crees realmente que debo perdonarte?

Asentí con un movimiento de cabeza, cogiendo una de sus manos que me abandonó tras una ligera resistencia.

—Está bien —cedió aparentemente de mala gana—. Voy a creerte una vez más, aunque no debería hacerlo.

Aquello me animó notablemente y fue el motivo de que cuando Garret regresó a la habitación con un legajo de papeles que yo debía firmar, me hallara muy ocupado comprobando lo dulces que resultan en determinados momentos los labios de una muchachita maravillosa como Dolly.

CAPÍTULO IV

En muchas ocasiones mis amigos criticaron mi innata testarudez, que me llevaba a realizar cosas que cualquier otro ser humano en sus cabales no soñaría siquiera hacer. Y probablemente ningún ser humano en sus cabales hubiera puesto en práctica la idea que se me ocurrió cuando por boca del teniente Garret conocí los detalles de lo que oficialmente me había sucedido.

Yo mismo pensé si realmente estaría bien de la cabeza cuando aquella noche, resuelto ya el papeleo que me retenía en la Comisaría de Policía y con el rostro lleno de esparadrapo, me planté ante el tabernucho donde sin saber cómo me había convertido la noche anterior en un elemento perturbador. Mi primer impulso había sido repetir la visita al joven John B. Narrow, pero un adarme de sensatez me hizo comprender lo disparatado de mi proceder. Como aquel tabernucho jugaba también un papel importante en los acontecimientos de la noche anterior, decidí obrar con algo de sentido común y encaminarme allí para conocer el lugar donde se había desarrollado mi hipotética actuación.

El local era típico del sitio donde estaba emplazado. De reducidas dimensiones, con poca luz y un ambiente de tugurio infecto que producía instintivas náuseas, incluso a un tipo como yo, acostumbrado a los más dispares ambientes. Desdeñé las mugrientas mesas distribuidas por la única sala de que se componía el lugar, y me acodé en la no menos mugrienta barra, dirigiendo una mirada de curiosidad a los notables desperfectos que se advertían en distintas partes de la estancia. Acertadamente deduje que todo aquello era lo que decían que había hecho yo: el espejo del mostrador roto, manchas de distintos licores en las paredes, como si me hubiera distraído lanzando botellas procedentes de los dos

anaqueles que se abrían a espaldas del barman, a quien supuse inmediatamente dueño del negocio, puesto que en tal lugar resultaba muy improbable que semejante tabernucho rindiera lo suficiente como para poder disponer además de personal auxiliar.

—¿Qué va a tomar, amigo? —Gruñó cerca de mí la voz del patrón.

Le contemplé en silencio unos segundos. Tenía cara de mala persona. ¿Cómo podía la policía confiar en su declaración contra la palabra de un honrado periodista como era yo?

—Un *whisky* doble.

Sin una palabra más, el hombre dispuso un vaso no demasiado limpio ante mí. Yo pensaba en la posibilidad de que me reconociera, aun cuando resultaba harto improbable puesto que, si mi memoria no me era infiel, jamás nos habíamos encontrado hasta entonces.

—¿Ha pasado algún ciclón por aquí? —pregunté yo con acento de curiosidad, cuando el otro me hubo escanciado el licor.

—Algo parecido. ¿No ha leído los periódicos?

Moví la cabeza negativamente, deseando conocer su versión sobre el asunto.

—Fue un tipo que estaba perdidamente borracho. Estuvo aquí anoche, y de pronto empezó a armar jaleo, sin que nadie pudiera suponer una cosa así. Tuvo que llevárselo la policía...

Moví la cabeza con gesto de reprobación, ignorando por unos momentos que tal gesto iba en realidad dedicado a mí mismo.

—Buena le debe haber caído a ese hombre.

El dueño del tugurio esbozó una sonrisita que quiso ser irónica, pero que se quedó simplemente en desagradable.

—No lo creo... Según parece es un periodista, y ya sabe la influencia que esa gente tiene en esas cuestiones.

—Lo que no comprendo es cómo siendo periodista armó todo ese jaleo —insistí, advirtiendo el momento propicio a las confidencias.

El hombre se esponjó como un pavo real. Sin duda sentíase mucho más importante desde que los periódicos recogieron el escándalo de la noche anterior.

—La bebida mal asimilada nos lleva a muchas cosas —murmuró con tono sapientísimo.

Me dejó un momento sólo mientras atendía a otro parroquiano, y luego regresó a mi lado con un periódico en la mano. Era la edición vespertina del «New York Times». Desplegó el periódico poniéndolo bajo mis narices, y señalando una columna con grandes titulares cacareó con entusiasmo:

—Aquí puede leerlo.

Maldije mentalmente la eficiencia de mis compañeros al destacar con tanto afán mi calidad de periodista y la burlona sagacidad con que estaba redactada la noticia.

—Probablemente el periódico donde trabaja no querrá saber nada más de ese hombre —murmuré, semiconvencido de mi deducción.

—Él se lo buscó —afirmó el tabernero—. Si hubiera usted visto con qué maligna precisión me destrozaba todo esto...

—Imagino que no olvidará su rostro fácilmente.

—Desde luego que no. Si alguna otra vez se le ocurre poner los pies por aquí, no esperará que le reciba con banda de música.

Mi rostro debió distenderse en algo parecido a una mueca, en realidad lo que hice fue sonreírme. O la cirugía estética forzada a que había sido sometido me había cambiado totalmente, o aquel hombre mentía como un verdadero bellaco. Yo, francamente, me inclinaba a creer lo último, aunque me reservé tal opinión. Apuré el contenido de mi vaso mientras pensaba en la desfachatez de ciertos individuos capaces de mentir por lo que sea, destrozando el buen nombre de un honrado ciudadano. Y en aquel instante se abrió la puerta del local dando paso a una pareja que inmediatamente reconocí... Él era mi acompañante de la noche anterior, ella era la secretaria de John B. Narrow. El hombre dirigió una mirada de complicidad al dueño del tabernucho, y sin pronunciar palabra se dirigió al fondo de la estancia, desapareciendo por una puertecilla disimulada entre las sombras que poblaban el lugar.

—Guapa muchacha —murmuré yo.

Mi interlocutor farfulló algo ininteligible y se dirigió a su vez a la puertecilla por donde había desaparecido la pareja, dejándome con la palabra en la boca.

Yo dirigí una mirada a mí alrededor, comprobando que nadie parecía fijarse en mí, y con repentina decisión seguí el mismo camino. Tras la puertecilla se extendía una zona de sombras, pero al

fondo brillaba un rayo de luz procedente de la rendija de alguna otra puerta. Sin dudarlo ni un momento, aun reconociendo que corría un gran riesgo después de lo de la noche anterior, me acerqué de puntillas hasta aquel lugar intentando escuchar lo que se hablaba. Al principio sólo percibí un rumor, luego llegó distintamente a mí la voz del pistolero que veinticuatro horas antes se había introducido en mi automóvil.

—El jefe lo quiere así, Gary, y no hay más que hablar.

Inmediatamente pensé que el tal Gary debía ser el dueño del local, y como confirmando tal suposición escuché de nuevo su voz, en esta ocasión bastante humilde, contestando:

—Está bien, Woody; sin embargo, después de lo de anoche...

—Lo de anoche quedó ya resuelto satisfactoriamente —intervino entonces la secretaria de Narrow—. Los periódicos han hablado de ello y ese entrometido periodista queda totalmente anulado por el momento.

—Sin embargo, la policía puede venir por aquí...

—No habrá policía, Gary —remachó la muchacha—. Ya han estado aquí, han levantado el oportuno atestado, y nada más tienen que buscar en este lugar.

Percibí un suspiro de resignación del tabernero, a quien el papel de hombre importante parecía haber llenado de escrúpulos, y consideré que ya había escuchado bastante y no valía la pena de seguir arriesgándome a ser descubierto. Con igual sigila que antes regresé a la salida principal del tabernucho, situándome ante el mostrador y comprobando que ninguno de los parroquianos parecía interesado en mis paseos.

Poco después regresó el dueño del local y yo pedí otro *whisky*, dándome cuenta inmediatamente de que el hombre parecía preocupado. ¿Qué intentarían esconder en aquel lugar? Ésa era una pregunta que yo tenía que contestarme de alguna forma, y la única que podía darme la respuesta era vigilando estrechamente el lugar.

Por un momento estuve tentado de llamar al teniente Garret y ponerle al corriente de mis últimos descubrimientos, luego pensé acertadamente que la policía obra siempre con demasiado alboroto y que un despliegue de fuerzas no iba a resultar conveniente, máxime si aquellos individuos estaban convencidos de que la policía no iba a aparecer por allí.

Seguí acodado en la barra hasta que la pareja hubo salido de allí, pagué mi consumición y abandoné el tabernucho sin apresurarme mientras quedé a la vista de los que en él se quedaban, pero en cuanto pisé la calle dirigí un vistazo buscando inútilmente a la pareja. Sin duda debían haber tenido un automóvil aparcado frente a la puerta, y aquel minuto que necesariamente hube de dejar transcurrir fue suficiente para que se volatizaran. Durante unos momentos permanecí indeciso frente a mi propio automóvil, aparcado dos manzanas más allá. Sabía ya con seguridad dónde iba a poder encontrar a alguien de la banda cuando me conviniera, de forma que me decidí por una charla con la bellísima secretaria de Narrow, a la que probablemente encontraría en casa de su jefe.

Consecuente con mi idea, me planté en el lugar a toda velocidad de mi viejo «Ford», sin pensar ni un momento en que los aires de aquellos contornos no podían ser en modo alguno saludables para mi persona. Dejé el automóvil a alguna distancia de la casa, recorriendo el resto del trayecto a pie. Ante la casa me detuve algo indeciso: ¿debía utilizar la entrada principal como si fuera una visita corriente de la mansión, o era preferible esperar a que la secretaria saliera de la casa, si es que pensaba hacerlo? Por otra parte me asaltó repentinamente la desagradable idea de que mi viaje hubiera sido en vano, habida cuenta de que media hora antes había visto a la muchacha en compañía del individuo llamado Woody, quien podía haberla llevado directamente a su domicilio o a cualquier otro lugar.

Cerca de media hora estuve debatiéndome en tales dudas, sin decidirme a tomar determinación en uno u otro sentido, y cuando iba a optar por regresar al tabernucho donde indudablemente se estaba preparando algo interesante para mí, la muchacha objeto de mis dudas cruzó la verja de la suntuosa mansión saliendo de esta forma a la calle. Yo estaba a unos cuarenta pasos de ella, de forma que tuve tiempo de admirarla a placer antes de que me descubriera, cosa que probablemente no hubiera sucedido de no abordarla yo mismo.

Reconozco que dadas las circunstancias por las que atravesábamos mi saludo debió ser otro, pero ciertamente soy excesivamente sensible a la belleza femenina, y en la muchacha existía belleza a raudales, palabra. Por eso quizá mi saludo fue algo

distinto del que debía dedicar a quien abiertamente pertenecía al bando opuesto a mis intereses.

—Buenas noches, encanto —la abordé con tono meloso, recreándome en las líneas de su rostro, especialmente atractivo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella con algo de sobresalto, demostrando no reconocerme.

—¿Tan pronto se olvida de los buenos amigos? —inquirí yo intentando sonreír—. Reconozco que he cambiado de aspecto desde anoche, pero no podía imaginar que mi cambio fuera tan radical.

Las pupilas meladas de la muchacha reflejaron su asombro, luego reflejaron la luz de un farol próximo, a manera de dos gemas maravillosas.

—¿Travis? —preguntó como si no diera crédito a tal pensamiento—. ¿Es usted Bob Travis?

—El mismo que viste y calza, aunque algo deteriorado...

La muchacha abrió bastante la boca. Luego entornó los ojos con expresión sagaz, y fríamente indicó:

—Le suponía en la cárcel. Todos los periódicos hablan de ello...

—Y todos han acertado, sin suponer que intentaría por todos los medios salir con la mayor rapidez posible de la absurda situación en que había caído.

—Ya veo que lo consiguió... ¿Puedo saber a qué se debe su presencia aquí?

—Digamos que tenía interés en verla.

—¿A mí?

—¿Por qué no? Indudablemente es usted una bellísima representante del sexo débil, y mi debilidad son las muchachas como usted...

Ella se encogió de hombros indiferentemente, luego empezó a caminar con estudiada lentitud, sin oponerse a que yo lo hiciera a su lado.

—Quizá le parezca a usted raro —seguí insistiendo yo en aquel terreno— ¿pero realmente al salir de la Comisaría, después de la reparación que hicieron en mi rostro, sentí deseos de verla y de sentirme consolado por usted?

—¿Qué le hizo suponer que yo accedería a sus deseos?

—Digamos simplemente que estaba convencido de ello... A propósito, aún no sé su nombre.

—Mary —repuso ella sin vacilar, para luego añadir—: ¿Le han dicho alguna vez que es usted un insoportable vanidoso, Travis?

—Quienes han dicho eso no me conocían bien, por eso quizá me llamaban por el apellido...

Ella sonrió por vez primera mirándome de refilón al hacerlo, y con otro tono de voz murmuró:

—Ahora dime la verdad, Bob: ¿por qué tenías interés en verme?

Animado por el derrotero que seguía la conversación, la sujeté por un brazo suavemente, y mirándola todo lo intensamente que me permitía el esparadrapo de mi rostro, expliqué:

—¿Es lógico que una mujercita como tú pregunte esas cosas, Mary?

Nos detuvimos en las inmediaciones de un farol. Ya he dicho que la chica era un bombón y que no soy insensible a la belleza femenina; por consiguiente no resultó del todo raro que aprovechara el momento para probar el sabor de sus labios, sin importarme el que fuera una acérrima partidaria del otro bando. Al fin y al cabo, me dije, siempre habría tiempo de mostrarme desagradable con ella.

—Eres un impulsivo, Bob —censuró ella, sin mostrarse ofendida por mi osadía, mientras de su bolso extraía un espejo y el tubo de *rouge* para retocarse los labios.

—Soy algo más que eso —repuse yo con tranquilidad—. ¿Por qué no vamos a algún lugar menos concurrido que la vía pública...?

Ella volvió a sonreír de forma muy particular.

—Esta noche me es imposible, tengo algo urgente que hacer...

—¿Mañana, entonces? —insistí yo, sabiendo de antemano en qué consistía aquella urgencia.

—¿Por qué no?

Intenté expresar con mi rostro lo que no sentía, puesto que en aquel momento sólo deseaba hacerle algunas preguntitas de índole particularísima que debía contener momentáneamente, ya que no podía sonsacarle cuanto sabía en mitad de la calle.

—Nos veremos en este mismo lugar a las nueve de la noche —propuso ella.

Me limité sólo a estrecharle la mano en aquella ocasión, viéndola desaparecer por la próxima esquina. Luego retrocedí a toda velocidad en busca de mi automóvil, con el que me dirigí

velozmente hacia el tabernucho que ya había visitado con anterioridad. Empezaba a advertir una sensación rara en el estómago, recordando así que aún no había cenado; pero la seguridad de que algo interesante iba a ocurrir en aquel lugar, me hizo descuidar mi apetito, consolándome con cigarrillos, que si no quitaban el hambre por lo menos lo entretenían.

La espera frente al tabernucho empezó a resultar monótona. Me di cuenta de ella cuando llevaba allí cerca de dos horas y un fresquito estival invadía mis huesos, que se quejaban del trato a que estaban sometidos, expuestos a la humedad procedente del mar. ¿Sería posible que hubiera entendido mal lo que había escuchado horas antes? Tal vez no se refirieran a lo que yo suponía y mi vigilancia iba a resultar infructuosa.

Un vistazo a mi reloj de pulsera rae indicó que se acercaba la hora en que cerrarían el tabernucho. Quizá los hombres de Narrow estuvieran aguardando precisamente aquello. Encendí un cigarrillo resguardando la punta con la palma de la mano para que no delatara mi presencia, y subiéndome las solapas de la chaqueta decidí seguir esperando. Sólo precisaba aquella prueba para que todo se solucionara rápidamente. Una llamada a Garret en cuanto supiera con seguridad que podía cogerles en aquel lugar con las manos en la masa, y todo sería coser y cantar para él y para mí, aparte del sensacional reportaje que iba a poder esgrimir ante los demás compañeros de profesión.

A mis oídos llegó distintamente el ruido producido por el motor de un automóvil que se acercaba a aquel lugar a velocidad normal. Unos focos hirieron la obscuridad de la calle, y el coche, procedente de una esquina cercana, se detuvo ante el bar objeto de mis especiales atenciones.

Conteniendo la respiración, observé cómo descendía de su interior un tipo totalmente desconocido para mí, penetrando en el tugurio, donde permaneció unos tres minutos. Al cabo de este tiempo volvió a reaparecer acompañado por Gary, el dueño del local.

—Despaché a los clientes hace algún rato —indicó en voz baja Gary.

Me alegré de haberme situado lo suficientemente cerca como para poder escuchar aquellas palabras pronunciadas en tono quedo.

—¿Está todo preparado? —preguntó alguien desde el interior del automóvil.

—Todo.

Estaba intentando adivinar quiénes serían los ocupantes del vehículo, cuando el individuo que había entrado en el bar y otro de sus compañeros que bajó del automóvil se colocaron a ambos lados del coche, sin duda para vigilar a los posibles curiosos que pudieran cruzar por aquel lugar. Luego las portezuelas traseras se abrieron, dando paso a otros dos hombres portadores de sendas pistolas con las que apuntaron a tres muchachas, que algo temblorosas descendieron a su vez del interior del vehículo. Con algo de emoción reconocí en una de ellas a Alice Sanders, a quien en principio había creído muerta. Los dos individuos de las pistolas obligaron a las muchachas a entrar en el tabernucho, precedidas por el dueño del local, que parecía tener mucha prisa en terminar cuanto antes con aquel asunto.

Instintivamente recordé aquel guión, origen de todas mis desgracias y también de las de Alice Sanders. No cabía duda alguna de que el manuscrito se refería a algo muy real, a algo que la policía perseguía sañudamente y que ansiaba desterrar por completo del país. Lo único que a mi pesar no encajaba bien con tal idea era el hecho de que John B. Narrow hijo estuviera envuelto en todo aquello. ¿Por qué un joven de su posición social y económica se dedicaba a tales actividades delictivas?

Aguardé con los nervios en tensión a que los dos pistoleros regresaran al automóvil, pero entonces se produjo la sorpresa que yo no esperaba. El dueño del bar regresó a los diez minutos escasos provocando con su aparición el cese de la vigilancia que habían mantenido hasta entonces. El hombre se inclinó hacia la ventanilla del coche, y en voz que apenas me resultó perceptible, indicó:

—Todo arreglado.

Como si aquélla fuera la contraseña que esperaban, los otros dos individuos subieron al automóvil, poniéndolo en marcha rápidamente. Me apreté contra la pared para evitar ser descubierto en el último momento, y el coche pasó a pocos pasos de distancia de mí, como una exhalación.

Aguardé aún unos segundos antes de volver a asomar parcialmente la cabeza para distinguir lo que ocurría, y cuando así

lo hice me enfrenté con la soledad de la calle. De dos zancadas me planté ante el bar, cuya puerta estaba ya cerrada por dentro, cubierta por la cortina interior, que indicaba bien a las claras que el negocio no volvería a admitir clientes hasta el día siguiente.

Me costó algo más de veinte minutos encontrar un teléfono desde el que intenté llamar a Garret, pero mi esfuerzo resultó inútil. El teniente no estaba en el Precinto confiado a su custodia ni sabían dónde podrían localizarle a aquellas horas. Indudablemente el asunto quedaba por entero en mis manos, o eso fue por lo menos lo que yo deduje en tales momentos, de forma que regresé al lugar donde estaba emplazado el bar, que se había convertido repentinamente en algo sumamente importante para mí, puesto que en él se encerraba el cabo de la madeja que tanto interés tenía en desenredar.

Soy un impulsivo, lo reconozco, pero no un suicida, y suicidio hubiera sido el entrar por la única puerta del local, de forma que empecé a trazarme un plan medianamente aceptable para penetrar en el edificio del bar sin utilizar aquella puerta.

Movido por un extraño impulso me dirigí al portal vecino, consultando las tarjetas que correspondían a los distintos vecinos del inmueble. Con una sonrisa dedicada a mi sagacidad leí en una de ellas el nombre de una tal *miss* Annie Smith, que viviendo en aquellos barrios no debería ser sin duda una señorita de las que guardaban las buenas formas no recibiendo en su departamento a representantes de mi sexo.

Con firmeza oprimí el botón correspondiente al timbre de aquel piso, aguardando pacientemente la respuesta de su inquilina. Instantes después se encendió una luz en el tercer piso, y por una de aquellas ventanas asomó un rostro con el cabello alborotado.

—¿Qué ocurre? —preguntó una somnolienta voz femenina.

—Annie, ¿no te acuerdas ya de mí? —pregunté con total desfachatez—. Soy Bob...

La mujer, cuya edad ignoraba yo por entonces, puesto que tal dato no venía consignado en la tarjeta que había consultado, lanzó una exclamación, probablemente de asombro, y repitió:

—¿Bob?... Me parece que es muy tarde...

—Quiero hablar contigo, Annie —supliqué yo, siguiendo mi táctica—. Ha de ser cuanto antes, porque tal vez dentro de media

hora resulte demasiado tarde.

Mi tono debió conmoverla, porque tras una pausa indicó:

—De acuerdo. Puedes subir.

Un chasquido me advirtió que la puerta quedaba abierta, y armándome de valor ascendí la escalera del inmueble mientras pensaba quién debía ser el verdadero Bob a quien aquella Annie Smith parecía conocer. Realmente era una suerte que yo llevara un nombre tan corriente en Los Ángeles.

La inquilina del piso debía tener unos veinticinco años. Resultaba altamente atractiva, tanto, que lamenté no poderle dedicar más tiempo haciéndome pasar por aquel Bob a quien ella parecía esperar desde hacía mucho tiempo, como lo demostró el hecho de que me echara los brazos al cuello al entrar yo en el apartamento, exclamando con intensa alegría:

—Sabía que volverías, Bob; lo sabía muy bien...

La dejé que me abrazara durante unos momentos, luego me solté con algo de brusquedad haciendo que ella se fijara con más atención en mi rostro.

—Pero tú... —empezó a decir con algo de sobresalto—. ¿Qué te ha ocurrido en el rostro?

—Un accidente —repose brevemente, dirigiéndome a las ventanas laterales de la habitación donde nos hallábamos y examinando a través de ellas la distancia que me separaba del dichoso bar.

—Has adelgazado mucho desde la última vez que nos vimos —dijo ella.

Yo me volví a mirarla, e instintivamente recordé a las huríes de cierta película de ambiente oriental que había visto unas semanas antes.

—Es posible —indiqué—. Hace tanto tiempo que no nos vemos...

La expresión plácida desapareció del rostro de la muchacha, substituyéndola por otra de intranquilidad y sorpresa.

—Usted no es Bob —dijo en tono acusatorio.

—Te aseguro que ése es mi nombre.

La muchacha se dirigió al teléfono que descansaba sobre una mesita cercana, y yo no tuve más remedio que comportarme bruscamente para impedir que diera la alarma. De un manotazo le

arrebaté el auricular, mientras con la otra mano extraía la pistola que corrientemente llevaba en el automóvil y que había tenido la precaución de meter aquella tarde en un bolsillo de la chaqueta.

—Es mejor que no grites ni intentes cosas raras. Lamentaría tener que darte un disgusto.

La chica abrió mucho la boca, pero de ella no brotó sonido alguno. Diríase que el negro cañón de mi revólver la tenía hipnotizada.

—Así está muy bien —aprobé yo sonriendo—. No voy a hacerte absolutamente nada si te portas bien...

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó ella con un hilito de voz.

—Solamente utilizar tus ventanas para pasar al edificio de al lado —aseguré yo—. Será mejor que te sientes por ahí y que me dejes hacer tranquilamente.

Annie Smith se derrumbó en una sillita baja sin perderme de vista, a raí y al revólver, especialmente a este último. Más tranquilo al respecto, volví nuevamente mi atención a la ventana, comprobando de forma aproximada que mi salto se reduciría a unos dos metros.

Cabía, claro está, la posibilidad de que la puerta de, comunicación de la terraza del bar con el resto del edificio estuviera cerrada, pero eso sería únicamente un mal menor, de forma que guardándome la pistola me volví a la atemorizada muchacha y le dije:

—Voy a pasar a ese edificio contiguo. Puedes quedarte tranquila, porque probablemente no volverás a verme. Pero también es posible que tenga que utilizar este camino para regresar, si lo que ahí me espera no sale como yo deseo...

—¿Es usted un ladrón? —quiso saber ella, muy asustada aún.

—No; te aseguro que no. Digamos mejor que actúo en el bando de la Ley, pero no lo repitas por si acaso me veo precisado a demostrarlo, cosa que de momento no me conviene.

Le dirigí un saludo amistoso, y pasando las piernas por encima del bastidor de la ventana me dejé caer sobre la azotea de la casa contigua. Amortigüé el choque con una flexión de piernas, luego corrí sobre las puntas de mis zapatos hasta la puerta que comunicaba con los pisos bajos de la casa. Suspiré al comprobar que

estaba abierta. Tal vez aquel Gary y sus acompañantes no pensaron en ello o consideraran absurda la posibilidad de que nadie intentara llegar hasta ellos por aquel conducto.

Aguardé unos momentos hasta que mis ojos se acostumbraron totalmente a la obscuridad, luego empecé a descender por la escalera que conducía al piso inferior, procurando tener cuidado de sentar bien, los pies para evitar ruidos inútiles que pudieran descubrir mi presencia.

De esta forma llegué al piso inmediatamente inferior, empezando a preguntarme dónde estarían encerradas las muchachas, puesto que mi superficial visita al primer piso del bar no me había dado ocasión de comprobar si el local estaba en comunicación con el resto de la casa. De no ser así, difícilmente iba a poder llegar hasta el posible lugar donde estuvieran las tres muchachas.

Por simple formulismo inspeccioné aquel piso, seguro ya de no encontrar mi objetivo en tal lugar. Efectivamente, las cuatro puertas que se abrían en el rellano correspondían a viviendas corrientes de vecinos, aunque parecían deshabitadas. Con iguales precauciones descendí al piso siguiente, pero tuve que detenerme a mitad del recorrido al escuchar una conversación que al principio no pude entender.

Eran dos hombres los que hablaban, e inmediatamente deduje que se trataba de los guardianes que habían quedado custodiando a las muchachas, lo que me produjo la satisfacción lógica de considerar que me hallaba cerca de mi destino.

—De acuerdo —oí que decía uno de ellos—. De todas formas, no serán precisas tantas precauciones.

Percibí claramente los pasos de uno de los dos hombres que se alejaba; luego siguió el silencio, lo que me hizo suponer que el otro había quedado en aquel lugar montando guardia, probablemente ante la puerta de la habitación donde estaban recluidas las muchachas.

Había llegado el momento de pasar a la acción directa, aunque en verdad no tenía la menor idea de cómo iba a desarrollarse mi actuación. Muy despacio descendí los escalones que faltaban hasta llegar al piso, guiándome por el resplandor que llegaba hasta allí procedente de alguna luz que iluminaba el pasillo. Sujeté la pistola

sin sacarla del bolsillo, y repentinamente decidido abandoné la protección relativa que me ofrecía la escalera para enfrentarme con el vigilante, confiando en la sorpresa que mi repentina aparición iba a producirle.

Y efectivamente la sorpresa fue grande, pero no sólo por parte de él. En realidad yo me quedé alelado al distinguir al guardián, puesto que se trataba de quien menos podía suponer hallar allí en aquel instante. ¿Qué relación podía tener William Fayer, conocido redactor de sucesos de mi propio periódico, con aquel asunto?... ¿Cómo no le había reconocido al verle descender del automóvil? Tal vez al centrar mi atención en las muchachas descuidé ligeramente a sus vigilantes; la cuestión es que durante cerca de un largo minuto nos contemplamos con igual sorpresa, aunque fui yo quien me recuperé con más rapidez.

—Ni una palabra, Fayer —advertí en tono amenazador, haciendo ostensible la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta—. Entra en esa habitación.

Fayer pareció dudar sobre la conveniencia de obedecer mi indicación, lo que me obligó a aproximarme a él y hundirle el cañón de mi pistola en la boca del estómago.

—No estoy dispuesto a detenerme ante nada... —amenacé—. Entra en esa habitación.

Lentamente dio media vuelta cumpliendo mi orden sin resistirse, convencido de que dispararía contra él al menor movimiento sospechoso. Cerré la puerta a mi espalda antes de enfrentarme con las tres muchachas que en silencio y desde un rincón nos contemplaban; luego arrebaté a mi compañero de profesión la pistola que llevaba en una funda sobaquera, y que le hallé al cachearle con la mano izquierda.

—¡Al rincón! —ordené escuetamente.

Fayer obedeció sin oponerse, pero mi orden había servido para que Alice me reconociera, como lo comprobé al escuchar un grito suyo de sorpresa.

—¿Es posible que sea usted? —preguntó la muchacha, con un matiz de esperanza en la voz.

—Algo estropeadillo, pero no se equivoca, Alice. ¿Quiere sostener la pistola mientras aseguro a este tipo?

Con su propio cinturón sujeté las manos de Fayer a su espalda, y

con un pañuelo que igualmente le confiscué improvisé una mordaza lo suficientemente segura como para no temer que diera la alarma antes de tiempo. Sólo entonces correspondí al abrazo de entusiasmo que me dispensó Alice.

—He pasado un miedo terrible —confesó impulsivamente.

—Bueno, al principio creímos que estaba usted muerta —expliqué—. Sólo después del examen del cadáver que apareció en su domicilio comprobó la policía ciertas anormalidades.

—Ha sido todo tan horrible... ¿Sabe para qué nos han traído aquí?

Las otras dos muchachas se habían acercado también a nosotros, dándome ocasión de comprobar que no resultaban nada despreciables tampoco.

—Lo sospecho. Leí el guión aquella noche. Ahora resulta mucho más urgente salir de aquí cuanto antes.

—¿Ha venido usted solo? —preguntó una de las muchachas.

—Desde luego. Descubrí este escondrijo por casualidad, pero la policía estará aquí enseguida.

Brevemente les expliqué el camino a seguir, utilizando para escapar la habitación de aquella Annie Smith que se había convertido, sin saberlo, en una eficaz colaboradora de mis esfuerzos.

Puestos de acuerdo sobre aquel extremo, nos dispusimos a abandonar la habitación. Alice se hizo cargo de la pistola de mi compañero Fayer y yo empuñé la mía, decidido a salir de allí a cualquier precio con las muchachas que podían testificar la realidad de mis sospechas.

Y justo en aquel instante, Fayer perdió su inmovilidad y mansedumbre. Sentí como si de pronto me enredara en algo inesperado, y cuando me di cuenta de que ese algo eran las piernas del periodista, estaba midiendo ya con mis huesos el entarimado de la habitación. Entonces fue cuando noté además de lo doloridos que tenía ya todos los huesos, lo duro que a veces resulta un entarimado como aquél.

Nunca imaginé tampoco la extraordinaria fortaleza que Fayer podía tener en los músculos de las piernas hasta que los sentí tensos atenazándome por la cintura. Alice intentó separarnos, pero ya para entonces una de las muchachas había lanzado un chillido que si no

se había escuchado en Pekín poco le faltaría; luego acerté a hundir mi puño en alguna parte de la anatomía de Fayer y la tenaza se aflojó, permitiéndome ponerme en pie rápidamente. Sin dudarlo ni un momento descargué la culata de mi pistola sobre la frente de mi compañero de profesión, enviándole al mundo de los sueños.

—¡Tenemos que salir a toda prisa de aquí! —Indiqué jadeando—. Ese grito atraerá a los otros guardianes.

Yo mismo abrí la puerta de la habitación escudriñando el pasillo, y mi precaución quedó justificada al advertir que algo astillaba la madera del marco a unas pulgadas por encima de mi cabeza. Sintiendo la garganta reseca, volví a cerrar apresuradamente la puerta mientras apoyaba el peso de mi cuerpo sobre ella.

—Ahí afuera les tenemos —murmuré pensando en que la pistola que sobre mí había disparado usaba silenciador—. Y no con muy buenas intenciones.

CAPÍTULO V

Recuerdo que en cierta ocasión me dijo un amigo que en determinadas circunstancias de la vida conviene echar las preocupaciones por el lado del humor para que parezcan menos graves, y en aquel instante me convencí de que mi amigo tenía razón. Nuestra situación en aquella habitación se asemejaba a la del infeliz gorrión hipnotizado por la serpiente presta a clavar en él sus colmillos. La única diferencia era que nosotros no éramos gorriónes y que las serpientes no utilizaban sus ojos para hipnotizarnos, sino modernas pistolas a las que habían adaptado un silenciador que les aseguraba una cierta impunidad, puesto que nadie iba a oír los disparos que produjeran. Sentía fija en mí la mirada de Alice y de sus dos compañeras de cautiverio, esperando las tres que se me diera la idea luminosa que nos permitiera salir de tal aprieto, aunque mi mente estaba muy lejos de encontrarla, quizá porque el miedo también empezaba a manifestarse de alguna forma en mí.

—Aún no me has presentado a tus dos amigas —dije de repente, sonriendo forzosamente a Alice y prescindiendo del molesto «usted» que hasta entonces había utilizado.

La muchacha me miró como si de pronto me hubiera convertido en un bicho raro, y en verdad resultaba raro que me interesara por una presentación estando tan cerca de la muerte o de caer en manos de la pandilla, que para ellas resultaba aún peor.

—¿Cree que podremos salir de aquí? —preguntó Alice, con un hilito de voz.

Me encogí de hombros escépticamente. ¿Qué iba a adelantar con engañarlas?

—Está la cosa algo difícil —repuse sin comprometerme a

nada—. Desde luego, intentaremos algo.

—¿Por qué no avisó a la policía? —siguió preguntando ella con claro reproche.

Pensé en Garret y en sus hombres, diciéndome que jamás deseé con tanto ardor como en tales momentos ver sus rostros por allí. Con seguridad el teniente estaría durmiendo tranquilamente en aquellos momentos, ajeno por completo a lo que ocurría.

—No pude localizar al teniente que cuida del asunto —murmuré a manera de disculpa.

—Por lo hay otros policías en Los Ángeles —protestó una de las compañeras de Alice.

Me encogí de hombros, murmurando algo relacionado con la estupidez de ciertas mujeres, que ignoro si resultó inteligible para la que así había hablado; luego contemplé pensativamente mi pistola. Una buena solución sería armar un poco de ruido que produjera la natural alarma en el barrio, atrayendo la atención de la policía de servicio. Sólo existía un pequeño inconveniente para poner en práctica aquello, y residía precisamente en la reacción que produjera tal hecho en quienes aguardaban al otro lado de la puerta, en el pasillo.

Sabían muy bien que si la policía rescataba a las muchachas se descubriría todo el asunto que se traían entre manos, y por consiguiente estarían dispuestos a cualquier cosa con tal de no permitirles salir de allí. Me acerqué a la puerta y apoyé en ella el oído, intentando percibir algún ruido sospechoso. ¿Por qué no habían ya tomado por asalto la habitación? Ellos eran por lo menos dos hombres, y armados. Cualquier ataque por sorpresa contra nosotros debía obtener positivo éxito. ¿Qué aguardaban, entonces?

—¿Nos vamos a quedar aquí? —quiso saber la otra muchacha.

Las miré detenidamente, leyendo en sus rostros el mismo temor que me asaltaba a mí desde que había escuchado el ruido producido por el proyectil que astilló la madera por encima de mi cabeza. Si las cogían lo iban a pasar muy mal, desde luego.

—Imagino que os trajeron aquí para teneros más cerca de los muelles —indiqué pensando en voz alta.

—Oí decir que antes del amanecer nos obligarían a embarcar en uno de los buques que tienen a su servicio —explicó Alice en tono angustiado.

Consulté mi reloj de pulsera. Parece mentira que el tiempo tarde tanto en pasar en determinadas ocasiones. Incluso me llevé el reloj al oído para comprobar que seguía funcionando. Faltaban por lo menos cinco horas para que amaneciera. Tal vez los dos hombres que nos acechaban aguardaban la llegada de los refuerzos que les supondrían los encargados de conducir las muchachas al buque.

Nuevamente examiné toda la habitación, como si en ella pudiera hallar la solución a nuestros pesares, y nunca como entonces me dio la impresión de una ratonera. Súbitamente me fijé en Fayer, que empezaba a recobrar el conocimiento, como se advertía por los movimientos que realizaba para intentar librarse de la correa que sujetaba sus brazos. Me acerqué a él quitándole la mordaza, puesto que nada importaba ya que gritara hasta desgañitarse.

—En bonito lío estás metido —dije contemplándole fijamente.

Mi compañero de periódico me dirigió una mirada asesina mientras decía:

—¿Esperas salir con vida de esto, Travis?

—He salido de situaciones peores —repuse, no demasiado seguro sobre ello.

—Será interesante comprobarlo ahora.

—Pues lo vas a ver enseguida —decidí, animado por una repentina idea—. Y tú vas a ayudarnos a conseguirlo.

Fayer sonrió despectivamente, pero se puso en pie cuando le obligué a ello.

—Será preciso que os quedéis unos momentos aquí —ordené a las muchachas, que me contemplaban con mezcla de curiosidad y de esperanza—. Fayer y yo nos vamos a dar una vueltecita por ahí fuera.

Mi compañero palideció notablemente al escuchar mis palabras, y cuando le empujé hacia la puerta se resistió:

—Me matarán, me matarán...

Me encogí de hombros, poco dispuesto a la clemencia.

—Vamos ya —ordené brevemente esgrimiendo la pistola con fuerza.

Con sumo cuidado corrí el pestillo de la puerta, procurando que ningún ruido delatara mi acción; luego, escudándome en Fayer, abrí bruscamente la hoja de madera saliendo al pasillo. Mi coraza humana gimió al recibir el primer balazo a la altura del hombro,

pero yo le sujetaba con fuerza para evitar que se cayera y me dejara al descubierto. A ciegas disparé por debajo de uno de sus brazos hacia el recodo del pasillo.

El disparo retumbó ensordecedoramente en el silencio del recinto, aturdiéndome momentáneamente. Fayer pareció querer tirarse al suelo. Pero yo acababa de distinguir a uno de mis adversarios, y sin preocuparme más de mi escudo disparé en dirección a aquel hombre con la mayor rapidez posible. Luego me dejé caer al suelo, rodando sobre mí mismo hasta que choqué contra la pared frontera; desde allí volví a disparar, aunque en honor a la verdad no puedo asegurar contra qué lo hice. Algo caliente rozó mi oreja al intentar incorporarme, obligándome a dejarme caer cuan largo era, mientras por mi mente desfilaba a gran velocidad el recuerdo de mi niñez.

Junto a la puerta se escuchó un disparo hecho sin silenciador, seguido casi al momento por un gemido de dolor; luego, distintamente, llegó a mis oídos la voz de Alice:

—Travis, ¿está usted bien?

Me incorporé con lentitud temiendo oír de un momento a otro el «plof, plof» de un silenciador, pero nada de eso ocurrió. Junto al recodo del pasillo, dos cuerpos inmóviles mostraban nuestra victoria en aquella batalla.

—Estoy bien..., gracias a tu puntería. ¿Dónde aprendiste a manejar una pistola?

Alice contempló el arma que aún sostenía entre las manos, luego la dejó caer al suelo como si su contacto le resultara desagradable.

—Fue una casualidad... ¿Está muerto?

Me había acercado al lugar donde estaban los dos cuerpos tendidos. Los dos estaban bien muertos, de eso no cabía duda alguna. Después dediqué mi atención a Fayer, que había recibido un primer disparo en el hombro izquierdo y cuya camisa estaba llena de sangre de resultas de un segundo disparo que había provocado aquel afán suyo por dejarse caer al suelo.

—Bob, perdóname —dijo con voz débil—. Nunca he sido un buen periodista, por eso me dediqué a esto... Necesitaba dinero, ¿comprendes?

No soy un sensiblero, pero el espectáculo de Fayer en las últimas no resultaba demasiado grato, sobre todo recordando los tiempos en

que nos gastábamos mutuamente bromas cuando en corto espacio de tiempo entramos a trabajar para el mismo periódico. El dinero había llevado a aquel hombre a tal situación, la más degradante y humillante que pueda existir en la vida, pero yo no era quién para juzgarle y él se estaba muriendo.

—Iré a ver a tu familia. Nunca sabrán lo que te ocurrió; yo mismo me encargaré de que así sea...

Él intentó cogerme una mano, pero sus fuerzas no daban para tanto. Luego, con gran apresuramiento, murmuró:

—Ten cuidado, Bob; hay un personaje muy alto mezclado en esto...

—Lo sé. Es John B. Narrow...

Un gesto de sorpresa apareció en el rostro de Fayer, y aquel gesto quedó impreso en su rostro cuando una bocanada de sangre brotó de sus labios ahogando sus estertores. Me puse en pie, sacudiéndome pensativamente el polvo de mis pantalones.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —preguntó Alice tras una pausa.

—Desde luego que no. Echaré un vistazo al piso bajo antes de arriesgarnos a nada.

Como si mis palabras fueran una consigna, llegó a mis oídos el ulular de una sirena, preludio de la aparición de la policía en escena; sólo que no me sentí tan alegre al escucharla como supuse en principio.

Minutos después, unos agentes uniformados llegaban adónde nosotros nos encontrábamos. Hubo un murmullo de asombro al contemplar los cuerpos caídos en el pasillo; luego un individuo de paisano se encaró conmigo.

—¿No pretenderá negar que los mató usted?

—Sólo en parte —repose cansadamente, dirigiendo una mirada de advertencia a Alice—. Me ayudó en la tarea un compañero que cayó en acto de servicio.

El policía me contempló sin comprender ni una palabra de aquello; pero mi explicación bastó para Alice, quien asintió con un gesto de cabeza.

—Éste es asunto del teniente Garret —seguí yo más animado—. Localícenle cuanto antes.

Me tomé la quinta taza de café al terminar mis explicaciones en el despacho de Garret, y le miré juzgando por su aspecto lo que opinaba de cuanto acababa de escuchar.

—Es fantástico todo este asunto, Bob —indicó como si tanteara el terreno—. John B. Narrow es demasiado influyente para creer que él se dedique a algo tan peligroso como es la trata de blancas...

—Y sin embargo está bien claro —insistí yo, lamentando no poder hablar de la confidencia que me había hecho Fayer.

—No tan claro. En realidad no existen pruebas contra él, todo lo más son sospechas. Tendremos que utilizar todos los recursos de que disponemos para vigilarle concienzudamente.

—Estará sobre aviso. Apuesto lo que quieras a que ya está al corriente de lo sucedido...

—Todos sus movimientos serán controlados en la medida de lo posible. ¿No comprendes que con un hombre como Narrow estoy alado de pies y manos?

—¿Y por eso prefieres cruzarte de brazos y permitirle que siga haciendo lo que le venga en gana?

Garret me obsequió con una mirada fulminante que me dejó completamente frío.

—Las muchachas ignoran la personalidad del jefe de la banda. Sus indicaciones nos servirán para cazar a algunos pececillos.

—Y entretanto el tiburón se escapa, ¿no? —ironicé yo—. Me voy a dormir un rato, es lo mejor en estos casos. A menos que me autorices a publicar alguna cosa en el periódico.

—Por supuesto que aún no es posible.

—En ese caso deséame un feliz descanso. Si se me ocurriera ir por la Redacción con las manos vacías, tendría que enfrentarme con el despido inmediato.

—Los demás periódicos publicarán esta noticia como un suceso corriente; ya sabes, un tiroteo nocturno...

—¿Y Fayer?

—Silenciaremos los nombres, de momento.

Me encogí de hombros y abandoné la Comisaría decidido a descansar unas horas para ponerme nuevamente al trabajo por mi propia cuenta. Yo estaba convencido de la culpabilidad del joven Narrow, y por lo tanto presentaría a Garret las pruebas concluyentes aunque fuera lo último que hiciera en la vida, siempre

y cuando me quedara tiempo suficiente para escribir el sensacional reportaje que estaba yo mismo fabricando con mi esfuerzo.

Las muchachas habían quedado bajo la protección de la policía, lo que me garantizaba que nada malo podía ocurrirles, pero el caso estaba en apariencia como al principio. Claro que yo poseía aún entre mis manos un eslabón de la cadena y ese eslabón se llamaba Mary, la secretaria de John B. Narrow padre, a la que sabía igualmente envuelta en todo el asunto.

A ella precisamente fui a ver aquella noche después de recuperarme sobradamente de las incidencias de la noche anterior, acudiendo al lugar donde habíamos quedado citados veinticuatro horas antes. Hacía una noche espléndida, maravillosamente adecuada para cualquier cosa menos para lo que yo debía hacer. Estaba pensando en esto mientras fumaba un cigarrillo, cuando apareció Mary vistiendo un atrevido modelito de noche, lo suficientemente interesante como para atraer la atención de un individuo mucho más exigente que yo.

—¿Qué tal, Bob? —saludó la muchacha con un desparpajo que se me antojó excesivamente espontáneo para ser real.

—Asombrado; no sabía que tuviéramos fiesta esta noche.

—Creí que para ti suponía fiesta el que te dedicara la noche.

Arrojé la colilla del cigarrillo al suelo, pasándose la mano derecha a continuación por el mentón, examinando atentamente a la sonriente muchacha. Bueno, ¿qué esperaba? Si la policía no parecía tener prisa por resolver aquel caso, ¿por qué iba a tenerla yo?

—La fiesta puede empezar en este instante —indiqué yo, no demasiado convencido aún.

—Adelante, pues —me animó ella.

Bueno, no hacía demasiada falta que me animaran. Después de los acontecimientos de la noche anterior, el cuerpo me pedía una juerguecita, y palabra que la iba a organizar inmediatamente. Pensaba en ello cuando abrí la portezuela del coche para que subiera Mary.

—No es un «Cadillac», pero resiste bastante bien toda clase de emociones.

La muchacha dejó oír una carcajada que me hizo pensar si me habría transformado yo en un ser repentinamente divertido, y sin

criticar mi «Ford» se acomodó en su interior. Luego puse en marcha el motor, guiando en dirección al club «Las Vegas», uno de los más elegantes del centro urbano.

—Imagino que no pondrán dificultades porque no vaya de etiqueta —pensé en voz alta.

—No lo necesitas, Bob, te lo aseguro. ¿No te he dicho aún que resultas fascinador de cualquier modo?

No me lo había dicho, pero tampoco juzgué apropiado el creermeme semejante mentira. Y no es que tuviera una pobre idea de mis encantos físicos; sin embargo, tanto almíbar me parecía excesivo. Lo que menos podía yo imaginar era que el almíbar no había hecho más que empezar. Lo advertí cuando empezamos a recorrer la pista luminosa del «Las Vegas», mecidos por el ritmo de una estupenda orquesta. Sentía el brazo de Mary rozándome el cuello, y la suavidad de su cabello haciéndome cosquillas en todo el rostro mientras ella apoyaba su mejilla en la mía. Iba a ser una noche completa de seguir así; tan completa, que por entonces ya había olvidado totalmente mis primeras intenciones, encaminadas a sonsacar a Mary cuanto supiera del hijo de su jefe y sus actividades en todo aquel sucio asunto.

Estuvimos bailando cerca de una hora, aunque debo confesar que con tan agradable compañía el tiempo transcurrió para mí como un soplo. La orquesta interrumpió sus interpretaciones para dar paso al espectáculo de variedades anunciado para aquella noche, y nosotros, al igual que las demás parejas, ocupamos nuestra mesita. Encargué una botella de champaña procurando no pensar en los precios que regían en aquel lugar, y centrando mi interés únicamente en la muchacha que me sonreía casi de continuo, como si se hubiera impuesto la obligación de ser amable conmigo.

—¿Tiene interés en ver el espectáculo, Bob? —me preguntó repentinamente.

Rápidamente pensé en la respuesta conveniente, sin comprender demasiado bien a qué venía semejante pregunta, puesto que todos los periódicos dedicaban extensos comentarios al magnífico espectáculo de aquel club nocturno.

—Creí que te gustaría...

Ella se encogió de hombros despectivamente.

—Lo he visto ya dos veces. ¿Por qué no vamos a un sitio más

divertido?

Maldije mentalmente los caprichos de ciertas muchachas mientras con la vista buscaba al camarero a quien había encargado la botella de champaña, que tanto iba a rebajar mi presupuesto.

—Conozco un lugar estupendo —siguió diciendo ella en tono animado—. ¿Te fías de mis cualidades de guía?

El camarero no estaba a la vista, de forma que podía marcharme con tranquilidad aprovechando el momento y ahorrándome los dólares que me habría supuesto tal capricho.

—De acuerdo, Mary; vámonos.

En un par de minutos nos plantamos en la salida del local, sin que nadie pareciera dar importancia a nuestra marcha, que yo consideraba algo parecido a una fuga. De nuevo en mi automóvil, me dejé conducir por la muchacha a través de un dedalo de calles, hasta llegar a un *cabaret* de los bajos fondos, del que yo había oído hablar bastante mal.

Aquello me puso en guardia, recordándome al momento el verdadero interés que había motivado el que saliera con Mary aquella noche; sin embargo, procuré que mi rostro no expresara recelo alguno cuando ella se cogió de mi brazo en el instante de cruzar la puerta de aquella especie de antro.

Mi primera intención fue ocupar una mesa en la sala principal del local, pero mi acompañante me habló de su curiosidad por conocer los reservados, de los que había oído hablar a unos amigos, y yo consideré más acertado seguir su consejo, aun afrontando los riesgos que tal decisión podía suponer para mí...

—¿Te he dicho ya que eres un hombre encantador? —murmuró la muchacha en cuanto el camarero nos dejó a solas en el reservado.

La miré burlonamente, decidido a adoptar toda suerte de precauciones desde aquel instante.

—Imagino que antes que yo, otras muchas te habrán dicho esto...

Recordé al momento a Dolly, pero con un esfuerzo de voluntad la borré de mi memoria.

—Reconozco que no he sido un santo, pero de eso a que me hayan dedicado frases almibaradas como tú lo has hecho...

Mary sonrió, divertida al parecer, y yo decidí pasar a lo que me interesaba, roto ya el encanto de los primeros momentos.

—¿Conoces bien al hijo de tu jefe? —pregunté bruscamente.

Mi acompañante abrió los ojos, sorprendida por la pregunta, o por lo menos eso fue lo que creí yo.

—Claro que le conozco.

—Yo diría que es algo más que tu empleo lo que te liga a él.

Mary echó hacia atrás la cabeza, fijando en mí la mirada de sus luminosas pupilas.

—¿Estás celoso de Johnny? —inquirió dulcemente.

—¡Al diablo con los celos! Es mejor que hablemos claro. Estoy perfectamente enterado de tu participación en los negocios sucios del joven Narrow, y no creas que por tu cara bonita voy a olvidarlo.

Si pretendí desconcertarla con mi exposición clara de los hechos, me llevé un buen chasco. Mary me miró con incertidumbre, como si dudara del buen funcionamiento de mi mente; luego preguntó con suavidad:

—¿Puedes explicarme a qué te refieres?

—Si pretendes desorientarme estás equivocada. Tengo pruebas de tu complicidad en el asunto de ciertas muchachas que la policía ha rescatado esta madrugada, pero tú —no me interesas más que como medio de hallar la prueba necesaria para cazar a tu jefe.

En honor a la verdad, debo decir que la muchacha no se inmutó por mis acusaciones. Había burla en sus ojos al terminar yo de hablar.

—¿Es eso todo? —preguntó en tono intrascendente.

—¿Te parece poco? La policía está aguardando el resultado de nuestra entrevista para proceder contra ti y emplear otros métodos. Por eso considero más oportuno que me cuentes toda la verdad; quizá así pueda hacer algo en tu favor.

—¡Qué generoso! —replicó mordazmente.

Empezaba a perder la paciencia; me di cuenta de ello después de descargar un puñetazo sobre la mesa, que hizo tambalear las copas que sobre ella había puesto el camarero.

—Te advierto que en estos casos, la policía no vacila en aplicar el tercer grado.

—Hablas como si yo fuera un delincuente peligroso.

—Quizá te parezca muy divertido, pero confieso que en mi opinión lo eres —me puse en pie con aparente tranquilidad—. Será mejor que vayamos a charlar con el teniente Garret...

—Es muy tarde para eso, Bob. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

Ya no pude seguir conteniéndome. El recuerdo de las tres muchachas que iban a seguir el mismo camino que con anterioridad hicieran forzosamente otras muchas, el recuerdo de la desconocida asesinada en casa de Alice para desorientar a la policía, y otros muchos recuerdos más, me impulsaron a sujetarla con fuerza por una muñeca obligándola a ponerse en pie mientras murmuraba:

—Nunca he pegado a una mujer, pero de seguir hablando contigo, olvidaría todos mis principios.

No debí haber dicho aquello, o por lo menos al decirlo debía haber puesto más atención al volumen de mi voz, porque aquella frase, producto de mi indignación por su posición cómoda de muchacha inocente cuando yo sabía bien que no lo era, fue lo que sin duda estaban esperando los tres hombres que penetraron bruscamente en el reservado con cara de pocos amigos. Bueno, de pocos amigos para mí; porque desde el primer instante demostraron hallarse en perfecta armonía con Mary. Yo me di cuenta de su presencia en la estancia al escuchar la voz del qué parecía acaudillar el grupo, y que burlonamente murmuró a mi espalda:

—Nosotros nos encargaremos de que siga conservando esos principios mientras viva...

Me volví al instante para enfrentarme con tres individuos igualmente altos y fornidos y con la pistola de uno de ellos, razón más que suficiente para que yo no empezara a hacer tonterías. Sin embargo, las hice, tal vez porque en aquel instante no comprendí bien el peligro que estaba corriendo.

—¿De visita? —pregunté por decir algo.

Y aquéllas fueron las únicas palabras que durante unos instantes se escucharon en la estancia. Sin saber apenas lo que estaba haciendo, proyecté mi mano derecha en movimiento velocísimo hacia la pistola con que me apuntaba aquel hombre, desviándola hacia el techo, a pesar de que él no había mostrado intención alguna de apretar el gatillo. Mi siguiente movimiento fue hundir el puño izquierdo en el estómago de mi adversario, sintiéndome extraordinariamente feliz cuando escuché su quejido de dolor que indicaba su total anulación durante unos momentos. Todo aquello duró escasamente un par de segundos, de forma que cuando los dos

acompañantes de aquél quisieron intervenir, su jefe estaba ya fuera de combate.

El principio feliz me animó, de modo que con total antideportividad, que en modo alguno me hizo sentirme peor de lo que era, largué un puntapié al bajo vientre de uno de los dos, intentando al mismo tiempo esquivar el golpe que me asestaba el otro, cosa que sólo logré en parte, puesto que su derechazo me pegó de refilón en una oreja, dándome la impresión de un martillo pilón y me obligan a mostrarme mucho más cauto.

Con ciertas dificultades paré otro golpe del único adversario que aún quedaba en pie, para lanzarme de cabeza contra su tórax al advertir un resquicio en su guardia. El hombre acusó el golpe con un gruñido, pero en el acto me largó un izquierdazo a la mandíbula que me hizo temer por la integridad de mis dientes. Sacudí con energía la cabeza intentando recuperar todas mis energías en un momento, pero algo muy duro cayó sobre mi cráneo por la espalda, haciéndome perder el equilibrio.

De rodillas en el suelo, escuché la voz de Mary, a la que había olvidado por completo en los instantes transcurridos, diciendo algo relacionado con la estupidez de ciertas personas. Luego resbalé, incapaz de seguir aguantando el dolor de cabeza que taladraba mi cerebro, y las tinieblas me rodearon.

Al despertar pensé que habían transcurrido varias horas, cuando en realidad no habían pasado más que unos minutos, como comprobé al observar a mí alrededor la misma decoración de instantes antes. Los tres hombres estaban en pie, mirándome con cara de pocos amigos. En cambio Mary sonreía, quizá porque se asignaba el papel de serpiente que hubiera hipnotizado al inocente pajarillo, y ese pajarillo era yo. Moví la cabeza de un lado a otro, sintiendo que me estallaba algo por dentro, y lancé un gemido.

—Será cuestión de salir de aquí cuanto antes —oí que decía Mary en tono indiferente.

—De acuerdo con lo convenido, tenemos un coche a la puerta.

Dos de aquellos tipos me ayudaron a ponerme en pie con muy poca delicadeza, situándose a ambos lados de mí para impedirme cualquier movimiento de resistencia que yo, intrigado por conocer el final de aquella aventura, tampoco estaba decidido a hacer.

—Abstente de ofrecer resistencia, Bob —me advirtió Mary

plantándose ante mí—. Saldremos de este lugar como si formáramos un grupo de amigos y subiremos al coche estacionado frente a la puerta. Si hicieras algún movimiento sospechoso, no vacilaríamos en terminar contigo aquí mismo.

—Muy divertido —murmuré yo—. ¿Qué ocurrirá si me dejo conducir como un buen chico?

Mary se encogió de hombros sonriendo.

—Digamos que todo será más sencillo.

Sin cambiar nuevas palabras, abandonamos el reservado. Dos de los pistoleros me sujetaron por los brazos con gesto de aparente cordialidad, dando así la impresión de que los tres éramos buenos amigos detrás nuestro iba el tercer pistolero con Mary. Yo sabía muy bien que la mano derecha de aquel hombre, hundida como al descuido en el bolsillo de su chaqueta, oprimía la culata de una pistola que en un momento determinado podía hacer luego sobre mi persona, cosa que en modo alguno me convenía. Así cruzamos el salón del piso bajo, saliendo a la calle. Y allí tuve yo mi gran sorpresa.

Estábamos a punto de subir al coche. Mary se había adelantado a nosotros, abriendo la portezuela trasera del automóvil. Sonriendo me brindaba el paso, aunque resultara algo anacrónico tal hecho, cuando oí una exclamación de contenida sorpresa. Me volví instintivamente para descubrir a Dolly, que nos contemplaba como si no diera crédito a sus ojos. ¡Era Dolly!

Su nombre resonó en mi mente acompañado de campanitas de alegría, porque el que ella me viera significaba que alguien no mezclado en todo aquel turbio asunto se iba a sentir extrañado de mi actitud y que, fiado su carácter, probablemente intentaría indagar los motivos que me inducían a fingir que no la conocía. Por lo menos eso es lo que deseé cuando entré en la obscuridad del automóvil sin demostrar que había reconocido a la muchacha. Ninguno de mis acompañantes había parado mientes en el encuentro, preocupados por salir de aquel lugar cuanto antes para conducirme adonde les habían indicado. De forma que el automóvil se puso en marcha, llevándome como forzoso pasajero y permitiendo que mi ánimo acariciara una leve esperanza de salir con bien de todo aquel lío.

El trayecto no fue demasiado largo, y mis acompañantes no

tuvieron inconveniente en que reconociera como destino la casa de los Narrow, lo que me hizo sospechar que no me iban a dar oportunidad alguna de que revelara a nadie tal hecho. Sin cogerme ya de los brazos, porque no eran precisos subterfugios ya, me condujeron basta una habitación del segundo piso, obligándome a entrar en ella. Uno de los pistoleros se quedó conmigo convenientemente armado, mientras los otros dos quedaban en el pasillo que conducía a la habitación y Mary iba a buscar a su jefe.

Mentalmente reconocí que mi situación no era ni mucho menos envidiable, pero en la manga tenía el comodín que representaba la aparición inesperada de Dolly en escena, y aquello me daba esperanza y fuerza suficientes para profundizar hasta el final en todo el asunto en que me había metido por conocer a Alice Sanders.

Instintivamente pensé en la guionista. Era probable que al terminar aquella aventura dispusiera de tema suficiente para preparar otra película. No me placía demasiado perder el tiempo en las salas de cine, pero indudablemente esperaría con impaciencia el estreno de aquel film para volver a vivir, cómodamente sentado en mi butaca, todas aquellas incidencias, suponiendo, claro está, que me permitieran vivir hasta entonces.

—Te has quedado muy callado, periodista.

Miré vagamente al tipejo que jugaba con la pistola a pocos pasos de distancia de donde yo me encontraba. ¿Valía la pena contestarle, tener en cuenta su irónica alegría?

—Estaba pensando —declaré sonriendo—. Claro que las personas como tú ignoran el significado de esa palabra.

El tipo aquel abrió la boca sorprendido, luego soltó una estruendosa carcajada.

—¡Muy bueno! —Aplaudió, como si le hubiera contado un chiste.

Me encogí de hombros, convencido de que se trataba de un retrasado mental al suponer que había hecho un chiste llamándole idiota, pero no tuve ocasión de repetir mis delicados insultos porque la puerta de la habitación se abrió dando paso a Mary, a quien acompañaba John B. Narrow. Y me sorprendí, porque aquel John B. Narrow no era el que yo suponía sino el padre del muchacho, el hombre con quien hablé cuando visité la casa. ¿Qué significaba aquel contrasentido?

—Nos está usted resultando demasiado molesto, amigo entrometido —dijo el financiero, seriamente.

El tono frío y desapasionado de su voz me produjo un escalofrío. ¿Estaba yo equivocado? ¿Era Narrow padre el dirigente de aquella sociedad de personas fuera de la Ley? ¿Qué perseguía un hombre de su posición, de su fortuna, mezclado en semejantes asuntos?

—Parece usted sorprendido —siguió diciendo el hombre.

Tragué saliva antes de hablar, y cuando lo hice mi voz surgió dura, sin emoción alguna.

—Efectivamente, me he quedado sorprendido. Pensar que seguía una pista equivocada al fiscalizar los pasos de su hijo, cuando era usted quien...

—Siga, por favor —me animó Narrow, imperturbable—. Me gustaría saber lo que conoce usted de mis asuntos.

—No soy yo sólo quien los sabe. La policía está al corriente de mis sospechas y también sigue sus pasos...

—Usted dijo que seguían los pasos de mi hijo.

—Él era el sospechoso ideal.

Narrow me miró fijamente unos instantes, luego exhaló un suspiro que no supe a qué achacar, murmurando inmediatamente:

—Tendrá que contárnoslo todo desde el principio, Travis.

Lo había dicho con algo parecido a pesadumbre, pero yo no estaba demasiado dispuesto a contarles que en realidad la policía no sabía casi nada, puesto que tal declaración aceleraría mi final. Por otra parte, si les hacía creer que estaban enterados ya de casi todo, no vacilarían en matarme considerándose perdidos y huirían mucho antes de que la esperanza que para mí significaba Dolly se convirtiera en una realidad. Debía ganar tiempo como fuera.



—Estoy demasiado sorprendido para hablar ahora de nada — dije sin reflexionar sobre lo que respondía.

Hubo un cambio de miradas que revelaban extrañeza, y yo me di cuenta al momento de que los distintos personajes que me contemplaban empezaban a considerarme un loco suicida.

—Supongo que no creará que hablamos en broma, Travis — amenazó suavemente Narrow.

—¿De verdad? —pregunté yo, con aparente tranquilidad.

Narrow se encogió de hombros, cambiando una mirada con uno de los pistoleros que se había encargado de mi captura.

—Me desagrada la violencia inútil —indicó—, pero temo que en su caso sea precisa.

—No me asustan las bravatas.

—Antes de media hora sabrá si son bravatas o realidades. ¿Vamos, Mary?

La muchacha me obsequió con una mirada de compasión, y yo empecé a juzgar la posible brutalidad con que me iban a obsequiar los tres hombres que me contemplaban extrañamente. En realidad no tenía ningún deseo de comprobar la fortaleza de sus músculos, pero no me quedaba otro recurso que resignarme. Todo fuera por aquellos minutos que precisaba.

Narrow y Mary salieron de la habitación sin hacer nuevos comentarios, y los tres hombres que quedaron conmigo me rodearon en silencio dispuestos a entrar en acción de un momento a otro. ¿Qué ocurriría si Dolly no había reaccionado como yo deseaba, y enfurecida por verme con una mujer olvidaba de avisar a la policía? Indudablemente mi situación no iba a ser muy envidiable, no lo era ya.

—Eres demasiado testarudo, muchacho —murmuró uno de los tres hombres, con tono de pesar.

En cualquier otra circunstancia, aquella declaración me hubiera emocionado. Entonces sólo me produjo un escalofrío que recorrió como un latigazo mi columna vertebral. Atentamente vigilé las expresiones de los rostros que me contemplaban, tratando de adivinar cuál de los tres mastodontes iba a descargar el primer golpe.

—¿Es necesario que empleéis métodos tan expeditivos? —pregunté con un hilo de voz, sin dejar de vigilar sus menores movimientos.

—Tú lo has querido, periodista.

—Digamos simplemente que cumplo con mi deber... Tal vez pueda hacer algo por vosotros cuando la policía caiga sobre la casa, si me ahorráis el masajeo de vuestros puños.

El pistolero que llevaba la voz cantante soltó una carcajada que me hizo ver lo poco que creía en mis palabras.

—Cuando la policía llegue, tú no estarás aquí ni nosotros tampoco.

El escalofrío anterior volvió a recorrer mi espalda con más intensidad aún. ¿Es que iba a tener miedo de la amenaza de aquellos bravucones? Bueno, la verdad es que era para tenerlo. ¿Me

querría igual Dolly después que los puños de aquellos tipos pasaran por encima de mi anatomía como martillos pilones?

—De acuerdo, chicos —asentí con una tranquilidad que no sentía—. No digáis luego que no os avisé.

—Ya oíste al jefe. Basta con que nos cuentes lo que sabe la policía y lo que sabes tú...

¿Lo que sabía la policía? Si Dolly no había hablado con los «cops», no debía saber nada, puesto que Garret no había tenido en cuenta mis sospechas sobre Narrow. «Quizá —me dije— piense en ello cuando aparezca mi cadáver flotando en el mar, suponiendo, claro está, que no me llenen de plomo para impedir que flote».

No pude seguir pensando. Adiviné, más que vi, el puño de uno de aquellos individuos dirigido a mi estómago, e instintivamente me eché a un lado dominado repentinamente por una agilidad que ni yo mismo sospechaba. Durante cerca de dos minutos logré esquivar todos los golpes, sin darme yo mismo cuenta de lo que hacía para lograrlo. Claro que estaba demasiado ocupado en la esquiva para poder colocar mis puños en algún sitio vulnerable de mis enemigos. Eran como tres seres de pesadilla que no me daban tiempo alguno para iniciar un ataque que pudiera resultarme más o menos provechoso, a pesar de que poco provechoso podía ser el actuar contra tres mastodontes como aquéllos.

El primer golpe lo recibí entre las costillas y me quitó totalmente el resuello, luego empezaron a llover sobre mí los puños de los tres tipos agotando toda mi resistencia, bastante debilitada después de la incesante esquiva de momentos antes. Torpemente intenté cubrirme con ambos brazos mientras escuchaba las exclamaciones de entusiasmo de mis enemigos, que parecían gozarse con mi total derrota. Sin poderlo remediar perdí el equilibrio cayendo al suelo y dándoles así la oportunidad de que me patearan a placer, y en aquel justo instante se abrió la puerta de la habitación mientras una voz que no pude reconocer de momento, pero que me sonó a música celestial, indicaba con autoridad en el tono:

—¡Quietos! ¡No vacilaré en disparar!

Los golpes cesaron al instante y yo pude respirar a gusto, sintiéndome bastante dolorido después del trájín de los últimos minutos.

—Poneos contra la pared y con los brazos en alto.

—Le costará caro lo que está haciendo —indicó amenazador uno de aquellos bravucones.

Me pasé la mano por los ojos intentando aclarar mi visión, y así pude distinguir a mi providencial salvador. Claro que la sorpresa me dejó de momento sin habla, porque el hombre que junto a la puerta empuñaba con firmeza una pistola con la que dominaba a los pistoleros era precisamente John B. Narrow, hijo, mi sospechoso. Me puse en pie con algo de dificultad, gimiendo atrozmente al advertir las punzadas que recorrían toda mi anatomía.

—¿Está bien, Travis? —Oí que me decía mi salvador.

—Como si hubiera vuelto a nacer —farfullé con trabajo.

—Vale más que se acerque donde yo estoy. Conviene que abandonemos esta casa cuanto antes.

Poco a poco iba recobrando yo mi completa lucidez, hasta el punto de que, procurando que mi cuerpo no topase con la pistola de Narrow, me acerqué al trío de valentones que en nada recordaban a los que momentos antes se complacían en machacarme bajo sus puños.

—Han cambiado las tornas, ¿eh? —pregunté sonriendo con algo de dificultad.

Ninguno de los tres me contestó nada. Por unos momentos tuve la tentación de golpearles a mansalva cobrándome así los golpes recibidos, pero pensando que aquello no me quitaría el dolor que sentía en todo el cuerpo, opté por despojarles de la artillería que conservaban en las fundas sobaqueras, sintiéndome mucho mejor al empuñar una «Smith and Wesson» de corto cañón, tras guardar en los bolsillos exteriores de mi americana las otras dos pistolas confiscadas.

—¿Qué hacemos con este trío? —pregunté al joven Narrow.

El muchacho pareció dudar unos momentos. Yo también di vueltas en mi mente a la solución adecuada. Era demasiado arriesgado salir con ellos, y mucho más aún dejarles allí dispuestos a dar la alarma en cuanto abandonáramos la habitación.

—Ayúdeme a atarles con sus cinturones. No podemos llevarlos con nosotros.

Me desahugué apretando el cuero de los cinturones hasta clavarlo materialmente en las muñecas de los tres individuos, mientras Narrow vigilaba sus movimientos con la pistola a punto de

disparar. Luego les amordacé con sus propios pañuelos.

—Habrá que confiar en que no los descubran en un buen rato —murmuré.

—Cinco minutos nos bastarán para salir de aquí.

Me dieron ganas de brincar de alegría, quizá porque nunca había deseado tanto como entonces salir de una casa confortable y lujosa como aquélla. En silencio descendimos por la escalera principal, llegando al *hall* sin incidencias. Interiormente admiraba la tranquilidad de mi acompañante, que no parecía atemorizado ante la idea de que su padre pudiera descubrirnos dando al traste con nuestra fuga. Respiré a pleno pulmón cuando pisamos la calle, más allá de la verja que delimitaba el jardín de la casa.

—Bueno, supongo que debo darle las gracias —indiqué algo confuso, recordando las sospechas que sobre el joven Narrow tenía horas antes.

—No hay demasiado tiempo para agradecimiento —cortó él—. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Le examiné en silencio unos instantes. Bien; él era hijo de John B. Narrow y me había ayudado a salir del aprieto enfrentándose así con su padre, pero no estaría demasiado satisfecho al saber que yo tenía ya pruebas para lanzar a la policía contra el financiero y sus hombres.

—Tengo que pensarlo —repuse yo sin saber exactamente qué decir.

—Le aconsejo que hable con la policía cuanto antes —fue el sorprendente consejo.

—Imagino que su padre no lo pasará muy bien si la Metropolitana conoce sus manejos.

—No es mi padre, aunque todo el mundo lo crea así. Decidimos representar tales papeles por mutua conveniencia.

Por lo visto, aquélla era mi noche de sorpresas. ¿De forma que aquel muchacho no era hijo de Narrow?

—Comprendo lo que está pensando —siguió diciendo él, mientras caminábamos sin apresurarnos por una calle que nos alejaba cada vez más de la casa donde yo había estado encerrado—. El Narrow que usted conoce es en realidad mi tío. Mi padre, el verdadero John B. Narrow, murió hace unos cinco años. Mi tío aprovechó su extraordinario parecido físico para suplantarle,

incluso creo que él fue quien se encargó de matarle con apariencias de muerte natural, puesto que al producirse el fallecimiento en Venezuela, durante un viaje que mi padre hizo para establecer contacto con los ingenieros que cuidan de nuestros yacimientos, petrolíferos en aquel país, él cuidó de todos sus negocios como si durante toda la vida los hubiera estado llevando, e incluso siguió manejando sus fondos imitando a la perfección su firma.

—Todo eso está muy bien —refuté yo al instante—, pero usted calló la suplantación. Nadie conocía la muerte de su padre, ¿por qué no descubrió a su suplantador?

—Entonces yo estaba metido en un lío con una muchacha. Mi tío se encargó de arreglarlo todo a condición de que jamás descubriera sus manejos. Por lo demás, seguí haciendo la misma vida, o mejor aún, que cuando vivía mi padre.

La historia contada con toda naturalidad tenía indudablemente visos de verdad, pero había algo que yo no lograba encajar, algo que recrudecía mis sospechas contra el joven Narrow. Por eso tal vez asomé a mi rostro una expresión de desconfianza, que fue captada instantáneamente por mi acompañante.

—Adivino que mis razones no resultan demasiado convincentes —empezó a decir.

—Yo no soy quién para juzgarle, Narrow —le interrumpí de mal humor—. Imagino que tendría sus razones para seguir el juego del suplantador, pero...

—Pero en ningún caso resultarán suficientes para explicar mi actitud pasiva ante un posible crimen, máxime si la víctima fue mi padre.

Me encogí de hombros sintiéndome interiormente asqueado por la charla del joven, olvidado de que sólo unos instantes antes me había salvado la vida.

—Digamos en mi descargo que no tuve la certeza de la total culpabilidad de mi tío hasta hace unos momentos, cuando les oí discutir lo que iban a hacer con usted.

—Pero existe el hecho de la muerte de su padre...

—No me llevaba demasiado bien con él. Era un hombre demasiado interesado en ganar dinero para que sus familiares pudiéramos apreciarle.

Sí, ése era el caso de muchos hombres de negocios; pero a pesar

de ello seguía sin encajar en mis deducciones la posición de Narrow, hijo. Aquél sería asunto para Garret, puesto que yo había llegado prácticamente al final de mi trabajo. Las declaraciones de John B. Narrow, hijo, y las experiencias personales sobre el caso, eran más que suficientes para darme unos cuantos reportajes de primera página, con lo que lograría el fin que yo perseguía.

—Es conveniente que vayamos a la policía cuanto antes —indiqué, deteniéndome—. Hay que evitar que nuestra fuga les ponga sobre aviso.

El joven Narrow no opuso nada, y yo me apresuré a detener un taxi libre que pasaba en aquellos instantes por la calle que recorríamos. Di al taxista la dirección de la comisaría donde prestaba sus servicios Garret, dudando de que le halláramos allí a tales horas, pero decidido a averiguar como fuera su dirección, puesto que el asunto a resolver era de suma urgencia.

Cuando llegamos adiviné que no precisaríamos buscar a Garret. Reinaba allí una actividad febril, varios coches oficiales estaban dispuestos a la puerta y todo aquello me hizo recordar a Dolly y las esperanzas que en su probable gestión había puesto mientras estuve a merced de los hombres de Narrow.

Encontramos a Garret y a Dolly en el despacho del primero, discutiendo animadamente. Dolly abrió la boca con asombro cuando me vio aparecer, y Garret lanzó una maldición muy poco académica relacionada con las personas que inventan embustes para sacar a un honrado ciudadano de la cama a horas intempestivas. Le calmé con un gesto y dirigí un guiño a Dolly, que no parecía muy contenta de verme, quizá porque de esta forma le estropeaba su aventura con la policía.

—Asunto resuelto, Garret —empecé a decir.

—Sin rodeos, Bob. Tengo la patrulla volante ahí fuera, y cada minuto que pasa es una maldición más que me dedican mis hombres.

—Los emplearemos en hacer la redada final —advertí yo repentinamente animado—. Tal como te dije, el jefe es John B. Narrow. Existe contra él mi testimonio y las declaraciones de mi acompañante, sobrino del acusado.

Garret dirigió una mirada interesada al joven Narrow, luego se volvió a mirarme.

—¿No dijiste que se trataba de Narrow, hijo?

—Esta noche he tenido ocasión de comprobar que mis tiros iban errados. Pero tendremos que darnos prisa, antes de que los pájaros abandonen la jaula.

Garret se puso en pie al instante, encaminándose hacia la puerta.

—¿Debo acompañarles? —preguntó Narrow.

—No es necesario —advirtió Garret desde la puerta—. Espérenos aquí, su declaración es lo que interesa.

Dolly me sujetó por un brazo cuando yo ya me dirigía tras los pasos de Garret.

—Tú y yo tenemos también mucho que hablar —murmuró abruptamente.

—Todo lo que quieras, encanto —asentí, sintiendo un extraño malestar en el estómago.

—Vete preparando, porque nuestra conversación versará sobre cierta mujer que te acompañaba esta noche.

—En cuanto regrese te daré todas las explicaciones que quieras. ¿Nos esperas aquí?

Dolly dijo algo más que yo ya no escuché. Saludó con un gesto de cordialidad al sargento que quedaba al frente de la comisaría en ausencia de su superior, y repentinamente se me ocurrió algo.

—Oiga, sargento —advertí deteniéndome en seco— Vigile al hombre que ha quedado en ese despacho. No le permita que se marche, porque es un testigo imprescindible.

El sargento miró a Garret, y éste me miró a mí sin comprender mi advertencia; luego el teniente asintió con un movimiento de cabeza.

En cuanto nos acomodamos en el coche que nos había sido destinado, precedidos por los demás componentes de la patrulla volante tras escuchar las órdenes de Garret, éste me preguntó:

—¿Puedes explicarme qué temas de tu acompañante?

—Creo que no te he dicho su nombre. Es John B. Narrow, hijo.

Garret emitió un silbido de sorpresa y aguardó mis explicaciones. Brevemente le conté lo que Narrow me había explicado al salir de la casa donde estuve encerrado, para terminar diciendo:

—Quizá me haya vuelto muy desconfiado, pero la verdad es que no veo clara esa historia.

—Desde luego, ese muchacho puede ser juzgado por encubridor de una suplantación de personalidad, e incluso de un crimen si se descubriera que el verdadero Narrow, padre, murió asesinado.

—Eso lo he pensado también; pero o mucho me equivoco, o no es eso lo que mantuvo callado a nuestro amigo durante estos años.

Garret repiqueteó sobre el cristal de la ventanilla que tenía a su derecha, mientras barajaba sus pensamientos.

—¿Y hasta dónde has llegado en tus deducciones? —quiso saber.

—Eso es lo malo, Garret. En realidad no he tenido tiempo de llegar a parte alguna. Creo que lo dejaré en tus manos.

La casa de Narrow apareció a nuestra vista y los coches se detuvieron bloqueando la entrada principal, como habían hecho momentos antes dos de ellos en la puerta trasera del edificio. Todo parecía tranquilo, igual a como lo había dejado media hora antes.

—Vamos allá —ordenó Garret, poniéndose al frente de sus hombres.

Yo agarré fuertemente la culata de una de las tres pistolas que aún conservaba, y emparejándome con el teniente avancé por el jardín hasta llegar a la puerta principal de la casa. Garret oprimió el botón de llamada, aguardando unos momentos para volver a repetirla a los pocos instantes.

—Esperaremos cinco minutos más —me dijo en voz baja—. Si no nos abren la puerta en ese tiempo, entraremos por la fuerza.

—¿Y si entretanto escapan?

—Olvidas que la casa está bloqueada por mis hombres.

Unos pasos presurosos se escucharon al otro lado de la puerta, y por fin ésta se abrió mostrándonos la faz somnolienta del mayordomo de los Narrow.

—Queremos ver al señor Narrow —habló Garret, poniendo ante la nariz del doméstico su carnet oficial.

El hombre pareció asustado, pero nos franqueó la entrada retorciéndose las manos presa del nerviosismo.

—El señor no está —murmuró—. Salió esta mañana de viaje a Sudamérica.

De un salto me coloqué ante el mayordomo, asaeteándole con la mirada.

—Está usted mintiendo. Hace menos de una hora he hablado con él en una habitación del segundo piso.

El mayordomo, más asustado aún, me miró como si no me comprendiera.

—Les aseguro que el señor salió de viaje esta mañana —insistió débilmente.

—Tendremos que comprobarlo —replicó Garret, haciendo una seña a los hombres que habían quedado junto a la puerta.

El doméstico no se atrevió a protestar al advertir la gran cantidad de policías que entraban en un instante. Yo indiqué a Garret que me siguiera, y a toda velocidad ascendimos la escalera dirigiéndonos a la habitación donde había recibido las «acaricias» de los tres pistoleros. La puerta estaba cerrada con llave, y yo recordó vagamente que Narrow se había metido la llave en un bolsillo. Sin aguardar más me lancé contra la barrera de madera ante el asombro de Garret, que aun no había comprendido a dónde le llevaba. La hoja de madera saltó al segundo intento, permitiéndonos distinguir a los tres pistoleros que amordazados y atados nos contemplaban con verdadero pánico.

—Éstos fueron quienes obedeciendo órdenes de su jefe, me vapulearon.

Garret se acercó a los tres fardos humanos soltando la mordaza a uno de ellos.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

El pistolero gimió antes de responder.

—Son unos cerdos, nos han abandonado aquí. Les oímos marchar al poco rato de haberse escapado el prisionero.

Cambié una mirada con Garret. ¡Los pájaros habían volado a pesar de nuestras precauciones y prisas!

—Tendréis que venir con nosotros. Imagino que vuestros antecedentes bastarán para enviaros a la sombra una temporada.

Ayudamos a los tres hombres a ponerse en pie y luego les libramos de las correas que yo mismo les había puesto, obligándoles a que caminaran ante nosotros. En el vestíbulo de la casa nos reunimos con los demás hombres encargados del registro.

—No hay nadie en la casa, a excepción del servicio —indicó uno de los policías.

Garret se encaró con los pistoleros, que estaban rodeados de policías en actitud amenazadora.

—¿Adónde ha ido vuestro jefe?

Los tres hombres demostraron desconocer aquello por completo. Estaban lo suficientemente indignados por la actitud de su jefe para creer que ocultaban deliberadamente semejante información. Garret dio diversas órdenes a sus hombres, encaminadas a que quedara un retén de vigilancia en la casa, y a toda prisa se dirigió a su automóvil ordenando al conductor que le pusiera en comunicación telefónica con la central de la policía. Momentos después hablaba con uno de sus superiores, al que brevemente relató las incidencias de la noche, recomendándole se dieran órdenes de capturar por todos los medios a Narrow y sus acompañantes, bloqueando para ello el puerto, las carreteras y el aeropuerto. Cuando tuvo la certeza de que todo aquello se llevaría a cabo, me hizo entrar en el automóvil indicando al conductor que nos llevara a toda prisa a la comisaría.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea? —pregunté yo, flotando en las tinieblas de la total ignorancia.

Garret se dio una palmada nerviosa sobre una rodilla antes de contestar.

—No veo muy clara la intervención del joven Narrow —me confesó—. Un arrepentimiento tardío le hizo salvarte la vida, pero también podía ser el truco empleado para permitir que los demás huyeran caso de que la policía estuviera tras su pista e intentara sacarte de allí.

—¿Sospechas entonces que él?...

—No sospecho nada y lo sospecho todo.

Garret se encerró en un prolongado mutismo, haciendo trabajar entre tanto su cerebro a toda marcha. El silencio duró hasta que llegamos a la comisaría. Seguidamente entramos en el vestíbulo y preguntamos al sargento, que repasaba tranquilamente unas listas.

—¿Está ese hombre aun ahí dentro?

El sargento miró a su superior con expresión atónita, luego movió la cabeza afirmativamente.

—No ha salido para nada, señor.

Como dos centellas penetramos en el despacho de Garret para enfrentarnos con la mesa, las sillas y la ventana que daba a la calle. La ventana estaba abierta. No había rastro de Narrow ni de Dolly.

—Lo que me imaginaba —murmuró Garret.

El sargento murmuró algo a nuestra espalda, pero el teniente no

le hizo caso. Tirando de mí, me obligó a salir nuevamente de la comisaría para ocupar su coche.

—A Riverside Street. Detenga el coche en el cruce con Los Ángeles Boulevard.

El automóvil se puso en marcha casi al instante.

—¿Vas a darme una explicación? —pregunté yo en tono sumiso, convencido de que aquél no era momento oportuno para sacar de sus casillas a mi amigo.

—Cuando Dolly me sacó de la cama, estaba trazando el plan de ataque a la banda por un punto distinto del que tú me ofreciste. ¿Sabías que tu amiga Alice Sanders no se llama realmente así?

Emití algo parecido a un gorgorito de canario, tal era mi sorpresa.

—Creo no andar demasiado errado en mis suposiciones al sospechar que el cadáver que encontramos en Sunset Boulevard era el de la verdadera Alice Sanders...

—Pero ella fue quien me metió en el lío mostrándome el guión de la película.

—Tal vez intentó traicionar a sus aliados, ese punto no está demasiado claro aún; pero de lo que no me cabe duda es de que sabe mucho más que lo que nos contó. Esa Alice Sanders de guardarropía, con su carita de niña buena, parece demasiado inocente. Por eso no me extrañaría nada encontrar en Riverside Street la pista que precisamos para terminar el asunto que conocemos ya casi en su totalidad.

—Pero en ese caso, ¿quién es el jefe de todo el tinglado?

Garret sonrió tenuemente sin responder. Indudablemente algo tramaba en su mente, que de momento no pensaba revelarme. Yo me dediqué a pensar durante el rato que aun duró el trayecto en automóvil, pero en honor a la verdad debo confesar que me debatí en un mar de pistas contradictorias y que nada en limpio conseguí deducir.

Siguiendo a Garret, penetré en el interior de un edificio que se alzaba próximo a la esquina donde nos dejó el coche.

—Enviamos a las tres muchachas a un departamento del sexto piso —me explicó el teniente mientras utilizábamos el ascensor—. De esta forma estaban libres de la vigilancia de la banda y a nuestra disposición para sucesivos interrogatorios.

—¿Crees de verdad que Narrow vendrá aquí con Dolly?

—¿Por qué no? Tu amiguita Alice Sanders ignora que este edificio pertenece en su totalidad a la policía, puesto que en apariencia no se diferencia de una casa de vecinos cualquiera. Yo mismo les aseguré que se trataba de un departamento alquilado por nosotros para que estuvieran a salvo hasta que cazáramos a la banda.

El ascensor se detuvo en aquel instante. Garret se dirigió a una puerta sobre la que no se distinguía tarjeta alguna y pulsó el timbre, mientras yo examinaba el pasillo donde estábamos. Me parecía muy débil la teoría del teniente para tenerla en cuenta, y entre tanto los jefes de la pandilla disponían de tiempo para escapar.

Nos abrió la puerta una de las muchachas que yo encontré con Alice. Su semblante revelaba que estaba durmiendo cuando la sorprendió nuestra llamada, pero su sueño desapareció al reconocernos.

—Necesitamos hablar con ustedes inmediatamente. Avise a sus dos compañeras.

Entramos en el piso, tomando asiento en la salita de estar, mientras la muchacha iba en busca de las otras dos. Garret encendió un cigarrillo sin cuidarse de ofrecermelo uno, y yo busqué con la vista una cigarrera, puesto que había terminado mis cigarrillos. Di un respingo al distinguir sobre un sillón un bolso que yo conocía muy bien, y mi mirada se fijó con desesperante inmovilidad en aquel bolso, el mismo que llevaba Dolly cuando la dejé en la oficina de Garret en compañía de Narrow, hijo.

CAPÍTULO VI

Alice y sus dos compañeras aparecieron en aquel lugar antes de que yo saliera de mi sorpresa y pudiera atraer la atención de Garret sobre mi descubrimiento. Nos pusimos en pie por un resto de cortesía que en mi fuero interno califiqué de inútil al pensar ya con toda certeza que aquellas tres muchachas por las que había arriesgado mi vida eran en realidad miembros activos de la banda cuyo jefe volvía a ser una incógnita para nosotros.

—¿A qué se debe su visita, teniente? —preguntaba en aquel instante Alice con una sonrisa seductora.

A mi memoria volvió mi primera entrevista con aquella muchacha indudablemente hermosa y atractiva. ¿Por qué tras un rostro como aquél tendría que esconderse maldad tan refinada como la que sospechábamos?

—Hasta el momento no ha sido precisa una declaración completa por parte de ustedes —empezó a decir Garret—, pero ese instante ha llegado ya.

Las muchachas miraron a Alice, delegando en ella de común acuerdo.

—¿No le parece una hora muy intempestiva para hacernos preguntas? —quiso saber la joven con no fingida seriedad—. Si hasta el momento no le han interesado nuestras declaraciones, ¿por qué esa prisa ahora?

Garret juntó las manos en gesto implorante.

—Les ruego me perdonen. Una de mis normas, que cumplo en lo posible, es no importunar a los testigos hasta el momento en que su declaración puede ser útil en el asunto que investigo...

—Y ese momento se ha producido a las tres de la mañana —ironizó Alice.

Garret sonrió, desconcertándose por completo. Si estaba seguro de las mentiras de la falsa Alice Sanders, ¿por qué andarse con tantos rodeos? Tal vez Garret leyó aquella pregunta en mi rostro, porque sin dejar de sonreír, preguntó bruscamente:

—¿Por qué nos hizo creer que era usted Alice Sanders?

Yo no había apartado la mirada del rostro de La muchacha, pero a pesar de ello no pude advertir sorpresa alguna en él. Indudablemente era una gran actriz, segura de sí misma, puesto que no podía dudar del resultado de las investigaciones que en tal sentido hiciera la policía.

—Imagino que habla usted en broma, teniente —observó serenamente la falsa Alice.

—¿Por qué iba a hacerlo? Tenía usted una coartada estupenda. Se dejó ver por Bob Travis, como Alice Sanders, incluso le permitió que metiera la cabeza en el asunto que tan pingües beneficios producía a usted y a cuantos con usted estaban mezclados en él. Luego nos presentó el cadáver de la verdadera Alice Sanders, consiguiendo en principio su objetivo por la forma en que tal cadáver entró en juego. El rostro desfigurado y lleno de sangre hacía irreconocible a la muchacha, pero el detalle de haberla matado mucho antes de lo que lógicamente resultaba posible le confería a usted una mayor realidad. Por si esto fuera poco se preparó usted una vuelta al mundo realmente espectacular, fingiendo que querían hacerle correr la misma suerte de las muchachas sacadas clandestinamente del país. Pero olvidó usted un pequeño detalle en todo su cuidado plan. ¿No pensó que los vecinos de Alice Sanders, sus compañeros de trabajo y sus amistades no reconocerían en usted a la guionista de Hollywood?

Hubo un silencio expectante tras la pregunta formulada en tono duro por el teniente. Ninguno de los testigos de la escena nos movimos de nuestro sitio. Garret y yo, pendientes de las reacciones de la falsa Alice, y sus dos compañeras demasiado aturridas por aquella revelación para obrar en uno u otro sentido. Me preguntaba si las otras dos muchachas estarían mezcladas también en aquel feo asunto, puesto que en modo alguno podía ya dudar de la culpabilidad de la que yo imaginaba Alice, cuando a nuestra espalda sonó una voz burlona que a mí me hizo el efecto de un jarro de agua fría sobre mis repentinas ilusiones de terminar pronto el

caso.

—¿Le han dicho alguna vez que era usted un lince, teniente?

Me volví sobre el asiento, a pesar de que Garret no pareció inmutarse por aquello, enfrentándome con John B. Narrow, hijo, y con una descomunal pistola automática que dirigía hacia nosotros.

—Buenas noches, Travis —me saludó con fina ironía—. Creí que no volveríamos a vernos en una temporada, pero es usted demasiado curioso.

—¿Dónde está Dolly? Pregunté con la mirada fija en la pistola que empañaba Narrow.

—¿Le gusta a usted esa muchacha? Le alabo el gusto, porque es muy bonita.

—¿Qué ha hecho usted con ella?

—Aun nada. Le garantizo que la verá muy pronto. Les concederé la oportunidad de despedirse antes de poner punto final a este acto demasiado prolongado para mis conveniencias.

Sólo entonces me di cuenta de que el tamaño desproporcionado de la pistola que empuñaba debíase al silenciador ajustado al cañón del arma, y este descubrimiento me hizo recordar que yo llevaba encima aún un verdadero arsenal, producto de mi estancia entre los tres pistoleros.

—Me gustaría saber qué más ha deducido usted, teniente —siguió diciendo Narrow.

Garret suspiró profundamente, y sin volverse a mirar a su interlocutor, habló con voz monótona:

—La historia que contó usted a Travis es cierta sólo en parte. Efectivamente, su padre murió asesinado en Venezuela, pero fue usted quien dispuso que así sucediera, y de igual forma partió de usted la idea de suplantar a su padre por su tío aprovechando el notable parecido físico.

—Vuelvo a felicitarle, teniente.

Me pareció advertir una vacilación en la firmeza con que hasta entonces había empuñado la pistola nuestro enemigo, pero fue tan leve que me resultó imposible aprovecharla, aunque decidí estar más atento por si volvía a presentarse la ocasión.

—Debemos salir de aquí, John —indicó la falsa Alice.

—Tenemos tiempo aún, el suficiente para que nuestros amigos conozcan la verdad antes de morir.

Narrow avanzó unos pasos hasta situarse frente a nosotros, por lo que pude sentarme con relativa normalidad.

—Estos asuntos que ustedes han descubierto ahora, los empecé meses antes de la muerte de mi padre. Él me descubrió casualmente y no quiso denunciarme a la policía, pero imaginó que no volvería a reincidir sin sospechar que con ayuda de mi tío planeé la forma de desembarazarme de un testigo demasiado peligroso. Todo fue bien hasta que uno de mis hombres tuvo una debilidad y quiso que la policía se enterara de nuestros manejos. Sabiéndose vigilado por sus compañeros, escribió una especie de guión que ofreció a la verdadera Alice Sanders confiando en que la muchacha lo llevaría a la policía, pero Alice cometió la imprudencia de hablar con mi tío del asunto, creyendo que él produciría la película. Nos faltó tiempo para encargarnos de ella. Tuvimos que suprimirla cuando intentaba escapar, pero el guión no apareció por parte alguna, de forma que Anne se encargó de suplantarla durante unas horas con el encargo de buscar el guión en su casa, donde probablemente estaría escondido...

Narrow se interrumpió juzgando el efecto que su tranquila declaración producía en nosotros. Por simple costumbre yo registraba en mi memoria todos los datos sin tener en cuenta que prácticamente no tendría posibilidad alguna de escribir el reportaje. Garret, sin embargo, parecía preocupado por otra cosa, porque aprovechando la pausa preguntó:

—¿Por qué mezclaron a Travis en el asunto?

—Esperaba su pregunta —sonrió amablemente Narrow—. Ignorábamos lo que la policía podía saber de todo aquello; por otra parte, Anne y yo queríamos terminar el negocio y casarnos lejos de aquí. Para eso precisaba destruir la organización y de manera especial al que podía declarar contra mí, al hombre que representaba el papel de John B. Narrow. Por eso inventamos la historia de la falsa Alice Sanders. Desgraciadamente no salió todo como esperábamos, puesto que mi tío se enteró de nuestros propósitos, ayudado por su secretaria, y fue preciso recurrir a soluciones de emergencia que ya han terminado felizmente.

Me removí inquieto en el sillón al escuchar aquello.

—Mi tío debe estar en estos instantes camino de Sudamérica en su yate, y yo saldré en avión dentro de unos momentos. Todo está

calculado para que nuestra fuga sea perfecta.

—¿Olvida usted que tengo bloqueados todos los caminos de huida?

Narrow se encogió de hombros despectivamente.

—Ya le he dicho que todo está bien calculado.

—¿Está bien seguro de ello?

Un estremecimiento nervioso recorrió todo mi ser al advertir que Garret se ponía en pie con absoluta tranquilidad. Narrow se irguió al instante, apuntando con su pistola al teniente.

—¿Qué quiere decir, teniente?

Garret empezó a sonreír, pero yo comprendí repentinamente lo que pretendía. Narrow estaba totalmente pendiente de los movimientos de mi compañero, olvidándose por completo de mí; incluso las tres muchachas miraban con mezcla de temor y estupor al policía. Apreté los dientes con firmeza y metí la mano derecha en el bolsillo de mi americana luchando con la pistola que parecía no querer salir de su escondrijo. Desesperadamente advertí que Narrow se volvía hacia mí, y sin esperar más disparé a través del bolsillo casi sin apuntar, puesto que la distancia que nos separaba era ínfima. Las muchachas gritaron a la vez, ahogando casi el estampido de mi disparo que alcanzó a Narrow a la altura de la cintura. Garret dio un salto sujetando con fuerza la mano armada del hombre e impidiendo así que disparara contra nadie en un intento desesperado. Yo logré sacar por fin la pistola contemplando con algo de disgusto el agujero ennegrecido que se advertía en la tela de mi americana; luego encañoné a las muchachas que no parecían dispuestas a defenderse, mientras el teniente se inclinaba junto al cuerpo caído de Narrow.

—Ya le dije que no estuviera tan seguro —advirtió Garret al ver los ojos del joven fijos en él.

—No es posible —balbuceó Narrow con el estupor reflejado en su rostro—. No es posible, no quiero morir...

Una bocanada de sangre afloró a sus labios y su cabeza se inclinó a un lado. Algo parecido a un sollozo brotó del pecho de la falsa Alice, quien se dejó caer junto al cadáver del joven Narrow, mientras las otras dos muchachas se apartaban unos pasos como asustadas por la muerte de aquel hombre.

Sólo un par de minutos después, llamaron a la puerta. El mismo

Garret fue a abrir para dejar entrar al chofer del automóvil oficial que nos había traído hasta allí, acompañado de dos policías más, indudablemente la pareja de servicio en el barrio.

Les dejé recibiendo órdenes de Garret y me dediqué a recorrer las habitaciones de la casa, deseoso de hallar a Dolly. Afortunadamente, mis esfuerzos no resultaron inútiles. En una especie de dormitorio hallé a la muchacha atada y amordazada. Con sumo cuidado la libré de las cuerdas que la sujetaban. Ella se abrazó fuertemente a mí, sollozando quedamente.

—Todo ha terminado ya, Dolly. Lamento haberte ocasionado este susto.

Aguardé a que se tranquilizara del todo, y entonces regresé con ella a la salita. Garret estrechó la mano de Dolly sonriendo feliz.

—Todo listo, Bob. Conoces todos los datos, falta añadir que el falso John B. Narrow, junto con sus acompañantes, han sido detenidos hace unos minutos por los miembros de la policía del puerto.

Asentí con un movimiento de cabeza, y pasé un brazo cariñosamente alrededor de los hombros de Dolly.

—Puedes escribir ese reportaje —siguió diciendo Garret—. Y no te olvides de mi nombre. A veces también a los policías nos gusta la popularidad.

Volví a asentir y empecé a andar llevando junto a mí a Dolly. En realidad sentía bien pocas ganas de escribir en aquel momento, sólo anhelaba abrazar a Dolly, besar sus labios y dormir durante veinticuatro horas seguidas. En silencio salimos a la calle, deteniéndonos junto al automóvil policial, cuyo conductor transmitía órdenes en nombre de Garret por medio del teléfono.

—¿Hablarás de Garret en tus artículos sobre este caso? —preguntó Dolly.

—Claro que sí, nenita, y también de ti. Pienso contar todo lo sucedido con el máximo detalle.

—¿Todo?

Traté de leer la expresión de sus ojos aprovechando la luz de un farol próximo, pero fracasé en mi intento.

—Desde luego.

—Entonces esperaré a leer en tu periódico lo que hacías con cierta muchacha en un *cabaret*...

Abrí la boca para decir algo, pero Dolly me lo impidió.

—Lo vi con mis propios ojos. Ibais cogidos del brazo, muy alegres los dos. Os metisteis en tu coche y yo tomé un taxi. Así pude seguiros hasta aquel tugurio de donde saliste con ella y los tres hombres de mal aspecto que te obligaron a subir a otro coche.

—Sí, claro... Había olvidado darte las gracias por eso. De veras que deseé de todo corazón que te pusieras en contacto con la policía.

—¿Sabes por qué fui a ver al teniente Garret?

Sonreí tratando de suavizar la cuestión que empezaba a adivinar poco grata para mí.

—Supongo que no te gustó la catadura de aquellas tres tipos...

—Aciertas en parte. No me gustó la catadura de la mujer que te acompañaba, y pedí a Garret que te buscara cuanto antes para podértelo decir claramente y para añadir además que eres un desvergonzado galanteador...

Uniendo la acción a la palabra, volteó su bolso, que desgraciadamente para mí había recogido en el piso que acabábamos de abandonar, dejándolo caer sobre mi cráneo con terrible impulso. Me apresuré a sujetarle el brazo armado con tan extraño artefacto antes de que repitiera el golpe.

—Pero, nenita, ¿por qué estás celosa? Te aseguro que si estuve con Mary fue únicamente para sonsacarle la verdad...

—La verdad es que debí haber puesto un pedazo de plomo en el bolso, por si de esta forma conseguía saber lo que escondías en tu cerebro.

El agente de policía había dejado de hablar por teléfono y nos miraba divertido por la agresión que acababa de presenciar. Y yo, a despecho de sus miradas burlonas, pasé los brazos por la esbelta cintura de Dolly atrayéndola con firmeza junto a mí.

—¿Quieres saber lo que escondo en mi cerebro?... El golpe que me has dado ha resonado aquí dentro como una campana, una campana que toca a boda...

La besé con fuerza y luego esperaré su respuesta.

—¿A boda? —preguntó en un susurro—. ¿De quién con quién?

Había tanta inocencia en aquella pregunta que preferí besarla de nuevo. Realmente, Dolly era una chica estupenda. También lo diría en mi reportaje.

FIN